

# CRISTIANDAD

Año XXV - N.º 448

BARCELONA

JUNIO 1968

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



## SUMARIO

### EDITORIAL

#### EL DILEMA DE LOS JOVENES

Jean Danielou

#### EN LA ESCUELA DEL P. ORLANDIS: SOBRENATURALIZARLO TODO HASTA LA SANTA MISA.

Un Discipulo

#### EL CULTO AL SAGRADO CORAZON: RAZONES DE ESTE CULTO.

Paulo VI

#### VINDICACION DE LA VIDA RELIGIOSA EN EL CONCILIO VATICANO II - II

Roberto Cayuela, S. I.

#### IMPORTANCIA VITAL DE LA ORACION

Fray Antonio de Lugo C.S.H.

#### CRISIS DE LA FE

E. Guerrero, S. I.

#### CAPUCHINAS EN MALLORCA

Bartolomé Guasp Gelabert, Pbro.

#### MOSEN RAMON GARRIGA

Francisco Salvá Miquel

#### FIN DE LA COMUNIDAD JUDIA EN CHINA

Bar-Schmouel

#### LOS TRES PECADORES

Carlos A. Callejo

#### EL ESTADO, LA MORALIDAD Y LAS PLAYAS

V. Fellu, S. I.

#### PASTORAL DE LOS OBISPOS ALEMANES (continuación)

### ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

## EL DILEMA DE LOS JOVENES

La crisis actual del mundo estudiantil plantea el problema de la necesidad de una formación humana que que haga posible la fe. No se puede separar la cultura humana de la formación cristiana, por el hecho de que la formación cristiana depende de ella. Tal problema es difícil. Sin embargo, la cultura literaria puede perfectamente preparar, predisponer a la fe, si es abierta, si pone el acento sobre determinados valores. Un profesor de literatura griega, latina, o de cualquier lengua, puede tener una influencia profundamente beneficiosa sobre los alumnos sin hablar nunca de la fe. Y esto tanto puede hacerlo un profesor de enseñanza pública como uno de enseñanza cristiana. Pero el modo de presentar los valores literarios puede orientar los espíritus y la sensibilidad de tal manera que constituyan una preparación a la fe, y también lo contrario es perfectamente posible. Un profesor de literatura puede presentar las cosas bajo forma que susciten obstáculos a la fe, ya sea al exaltar un ideal meramente estético y formal de tal modo que vacíe la obra de su contenido real, o llamando especialmente la atención sobre su aspecto destructivo o nefasto. El influjo en ambos casos será diametralmente opuesto.

Esto es también verdadero por lo que respecta a los profesores de ciencias, de matemáticas, de física o de biología. Por medio del modo de concebir lo que son estas disciplinas científicas, se puede perfectamente hacer presentir que ellas mismas nos descubren en el mundo visible la existencia de algo inteligente y misterioso. Recuerdo la declaración que hacía recientemente un profesor de matemáticas medio creyente: "No creo absolutamente en Jesucristo, ni en la Trinidad ni en la Eucaristía, pero no veo como yo, matemático, podría no creer en Dios". El ejercicio mismo de la ciencia constituye una lectura del universo que puede manifestar la existencia de Dios.

En otro nivel, no hay necesidad de decir cuanto los estudios filosóficos pueden tener un influjo decisivo; de qué modo un profesor malvado de filosofía puede arruinar a un adolescente, y cómo un buen profesor puede asegurar las bases firmes para su fe. De nuevo, estamos en un campo en el que conviene batirse y hacerlo con valentía. Pienso que los padres no tienen el derecho de confiar sus hijos a un profesor de filosofía cuyo odioso influjo sea conocido. Un adolescente no es invulnerable. Hay por otra parte admirables profesores de filosofía a los que muchos jóvenes y muchachas les deben un gran reconocimiento. Aun en

la enseñanza pública. Pero es uno de los deberes de los institutos cristianos dar una enseñanza filosófica abierta a los problemas contemporáneos y que sea, sin embargo, formativa para la inteligencia.

Existen algunos graves problemas que se plantean a los educadores y a los padres. No es posible disociar el problema de la formación religiosa de la formación humana. El motivo por el que los jóvenes son con frecuencia reacios a la enseñanza religiosa es debido a que tal enseñanza es radicalmente separada de su formación humana y no aciertan a compaginarlas. Un profesor de historia y un profesor de filosofía tienen por lo tanto, sino más, tanta influencia sobre el porvenir de la fe de un adolescente, que un profesor de religión. Para los adolescentes ello será según el nivel a que se planteen los problemas. Si no se ponen estas bases la fe será imposible y se edificará sobre arena. Los padres, tendrán cuidado de llevar los hijos al catecismo o mandarlos al sacerdote; los frutos serán escasos. Será como poner el carro delante de los caballos. Los padres deben preocuparse de cuál sea su formación humana. Lo repito, existe el problema de asentar el conjunto del clima intelectual con miras a las disciplinas fundamentales.

Todavía precisamos más las cosas: el problema no consiste en el hecho de ignorar las cosas: no se puede ni se debe confinar los jóvenes en los montes. Inevitablemente han de situarse en lugar que les enfrente con las corrientes tumultuosas que atraviesan el mundo en que viven y en que vivirán en el porvenir. Sería absurdo mantenerlos en una incubadora para lanzarlos a un mundo para el que no están preparados. Pero ciertamente esta apertura debe ser progresiva. A ciertos adolescentes no puede ponerse en contacto con ciertas cosas a las que su sensibilidad no está preparada para captarlas. ¡Algunas muchachas y algunos muchachos de catorce años están ya desilusionados y presentan un lamentable espectáculo! Se corta en ellos una parte maravillosa de experiencia humana, la de los años de adolescencia. Toda la riqueza del corazón, toda la delicadeza de la sensibilidad, todo el descubrimiento de la belleza constituyen un clima maravilloso, y es un gran pecado privar de él a ciertos jóvenes. Es preciso que el desarrollo de la cultura esté en relación con el desarrollo de la sensibilidad. Ello no quita que es preciso hablar, en las clases adelantadas de todas las obras literarias importantes; de las cristianas y de las demás, pero no sólo de estas últimas sino quiere caerse en una vil complicidad.

Dicho esto, conviene también saber que el deber de los educadores es educar el juicio. La formación es esencialmente formación de juicio. No consiste solamente en transmitir un saber, sino en hacer el alumno capaz de juzgar más tarde por sí mismo en función de una escala de valores. Esta es la misión del auténtico educador: dar a conocer los valores y hacerlos amar. Tal profesor sabrá suscitar en un alma la admiración por cierta grandeza moral, por cierta belleza literaria. Habiendo formado el corazón y la inteligencia de modo que se amen y admiren

los verdaderos valores, se habrá hecho al adolescente capaz de juzgar, de modo que al encontrarse ante cualquier obra, pueda decir el alumno: no me gusta esto. Veo negar o hacer burla de cosas cuya evidencia me ha convencido y a las que seré siempre fiel, porque conozco su belleza y su grandeza. Mauriac decía un día que una de las cosas fundamentales en la educación de los adolescentes está en saber asociar la realidad religiosa a la grandeza humana a la que se es tan sensible en esa edad.

Los jóvenes tienen una incomparable capacidad de entusiasmo y una percepción de los valores que con frecuencia no tienen los adultos. De ahí la importancia de poner en relación con la realidad religiosa aquello que les impresiona tan profundamente. Por esto decía también Mauriac que el estudio de Pascal era decisivo para los jóvenes por el hecho de que en el gran pensador se encuentran al mismo tiempo un gran científico, un gran escritor y un gran cristiano, cuando podrían tener la idea de que la religión queda a una parte y la grandeza humana en otra. Que tales grandezas puedan darse en un mismo hombre; que pueda darse un humanismo cristiano y que este humanismo sea el humanismo supremo, he ahí lo que los educadores deberían hacer percibir a los jóvenes. Ellos a su vez se harían capaces de ser creadores, porque habiendo captado profundamente esas cosas se expresarían en función de las mismas.

En esta misma línea es muy importante que nuestro modo de concebir la educación en la fe no mire únicamente a su preservación, sino que suscite una actitud constructiva y conquistadora. Si nosotros tendemos sólo a limitar ciertas influencias, si no enraizamos profundamente la fe hasta la profundidad de la experiencia personal nos arriesgamos a no construir cosa duradera. No digo que no sean convenientes elementos de preservación. Algunos jóvenes no siendo por sí mismos capaces de gran discernimiento, recae sobre sus padres la responsabilidad de los ambientes con que les ponen en contacto. El muchacho comprende muy bien tal cosa. En cierto sentido, él lo espera y se asustaría de una libertad demasiado grande que le sería dada sin que fuera capaz de asumirla.

Más lo que puede salvar a los jóvenes en el mundo al que están llamados a vivir es el creer que en los valores que han descubierto están las promesas del porvenir y no son los restos de un pasado más o menos condenado por el movimiento de la historia. Es preciso que estemos persuadidos de esto: que de lo que la civilización técnica tiene más necesidad, y donde corre el riesgo de ser más defectuosa e incompleta es precisamente en la falta de lo sagrado, de esta dimensión religiosa fuera de la cual el mundo se hará opresivo y la humanidad se axfisiará. La voluntad de servir a la humanidad del futuro aportándole los valores que faltan al hombre, es un ideal capaz de exaltar a la juventud. Y los jóvenes de hoy tienen el sentido de servicio y más todavía si son orientados no sólo hacia los servicios materiales. Estos servicios son profundamente valiosos. El hecho de preocuparse, de procu-

(Continúa pág. 125)

# SOBRENATURALIZARLO TODO, HASTA LA SANTA MISA

No se espante el lector, al que suponemos bastante inteligente para darse cuenta de nuestra intención.

Queremos recordar aquella frase, tan profunda, tan original —y, sobre todo, tan profética, adivinando los tiempos que venían y las aberraciones de pensamiento a que llegaríamos—, del Padre: “¡Hay que sobrenaturalizarlo todo, hasta al Sumo Pontífice!”, frase, de otra parte, que ha sido tan mal comprendida por espíritus cortos. Y la queremos recordar para aplicarla, en paradójica, a lo que vamos a permitirnos —sin otro objeto que el de poner de relieve nuestra intención— llamar “la sobrenaturalización de la Santa Misa”, título que, no ya lógica, sino gramaticalmente es, por lo menos, un pleonismo. Porqué, evidentemente, ¿no es la Santa Misa la misma *esencia*, compendio, resumen y contenido de todo cuanto es sobrenatural? Pero pleonismo, por esto mismo, muy necesario de cometer.

Y vamos a explicar nuestra intención.

## Aclaración necesaria

Queremos, antes de proseguir, aclarar que nada hay más lejos de nuestra mente que encender nuevas polémicas, que hartas tenemos. De otra parte, librenos Dios de erigirnos en maestros. Hace pocos días, muy acertada, aguda y donosamente, una alta Jerarquía de la Iglesia se quejaba de la “proliferación” de “teólogos” que se advierte en España. Existe una verdadera epidemia de Teología, en la que todo el mundo cree entender y opinar.

En estas presentes rayas, no enseñamos teología, ni somos teólogos, por la sencilla razón que no hemos pasado nunca, ni llegaremos a más allá, de estudiantes. No vemos a tratar ninguna cuestión, por tanto, teológica, ni litúrgica. Tan sólo de Catecismo mayor, y dirigida al buen público cristiano común. Y de sentido común, también cristiano.

## ¿“Asamblea”?

A la Santa Misa se la denomina hoy en muchas otras formas, como acto o *asamblea* u otras denominaciones litúrgica, eucarística, etc. Nada más lejos de nuestra mente que el criticarlo —siempre que se trate de denominaciones por lo menos ciertamente analógicas no suficientemente preparado, éstas denominaciones, como otras, derivan, fácilmente, en lo equivoco.

Unese a ello el ambiente, especialmente en los nuevos templos, cuya estructura, de hecho —ya sabemos que no con intención—, se nos antoja tan parecida a esos presbiterios que hemos visto en Escandinavia, estas salas de reuniones puritanas de Escocia, absolutamente desnudas, especialmente de imágenes, reducidas, a veces, a un monstruoso crucifijo moderno en los que parece quiérase plasmar aquella aseveración escriturística de que “no se veía forma humana en él”: pero esta vez no por obra de la redención cruenta y amorosa de nuestros pecados, sino por el desdichado mal gusto y aberración de un llamado artista.

Todo ello cuadra con esta denominación de “Asamblea” en sentido harto desorientador y equivoco. Repitamos: Dios nos libre de condenarlo. Lo sabemos perfectamente lícito y litúrgico. Pero, ¿es oportuno? ¿Es didáctico? ¿Simboliza y enseña perfectamente, y forma, al pueblo fiel, como antes lo hacían los bellos altares, y aquel los inmensos retablos y vidrieras que, ellos solos, eran un compendio de Teología y de Historia sacra?

Imbuidos hoy todos hasta la médula de espíritu de democracia, esta asistencia a la Santa Misa en forma de Asamblea, muy litúrgica, muy autorizada —nos apresuramos a acatarlo sinceramente—, pero tan de repente improvisada, para mucho público poco formado ofrece el inconveniente de deformar el sentido esencial, que todos estamos olvidando. Vamos a precisar.

Y nos inspira nuestro Padre, el buen Padre Orlandis, desde el Cielo, el cual ya nos predecía, y deseaba, adaptaciones litúrgicas a nivel de los tiempos, pero quien, de otra parte, no se recataba en manifestarnos cuánto envidiaba, desde el altar, la devoción de la mujerucas que, asistiendo a la Misa matinal que él celebraba, a su vez le consolaban y edificaban. “¡Quién pudiese cambiar mi alma por la de aquella buena viejecita que reza desde el rincón!” nos confesaba.

## ¿Reunión de Cuákeros?

### Distinción entre la fuente y el río

Existe un sector de público cristiano, poco formado, sobre el que se cierne un tremendo peligro: y es el de confundir a nuestra Santa Iglesia con una Reunión de Cuákeros bien intencionados. Perdósenos la “boutade”. Pero todas las circunstancias exteriores están llevándonos a ello.

Cogiendo el rábano por las hojas, ya hay quien, lleno asimismo de buena voluntad, en el afán malentendido de escriturismo que nos ha embriagado, ya no ven en la Santa Misa más que algo así como una participación material de pan y de vino simbólicas. Ya se hace poco hincapié en la Transubstanciación, y en que allí, efectivamente, desciende Jesucristo desde el Cielo en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Lo esencial, para estos cuidados, es que el acto litúrgico refleje la caridad, el amor mutuo y que constituya un símbolo (quizá incluso un poco teatral, pese a su horror a las ceremonias) de fraternidad social. Gran cosa es, lo es, en realidad todo, la Caridad y el Amor, pero aún y así, estas supremas Virtudes deben ser bien entendidas. La Santa Misa, de valor infinito, es aún algo más que la expresión del amor y de la caridad al prójimo.

Con esta especie de sensación que se da en algunos casos, en la nueva escenografía exagerada en verdadero contraescenografía, de paredes desnudas, de focos iluminando al sacerdote, rodeado del público, se nos antoja producirse, involuntariamente, una como visión de verdadero religioso "ballet", o, por lo menos, un parsifalesco Santo Graal, pero esto sí, siempre sobre fondo gris y oscuro, como corresponde a la actual escenografía operística, que acude a disimular su pobreza artística acogiéndose al pretexto fácil de la supresión total del decorado.

Perdósenos, otra vez, la "boutade". No condenamos se haga, a menudo, así: es perfectamente litúrgico, y no somos quien para criticarlo. Mas sí para advertir la reacción y el efecto que en el público no formado produce el no instruirle que el Santo Sacrificio de la Misa *no debe ser una consecuencia del amor y caridad cristianos al prójimo*. Sino todo lo contrario: *el amor y la caridad al prójimo han de brotar como consecuencia, y brotan, de la Santa Misa*. No se debe confundir la Fuente con el río. El río no produce nunca la fuente: es ésta la que produce el río.

### **"Buscad el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura"**

Existe en el Evangelio una frase de nuestro Señor Jesucristo que, osaríamos decir, es el supremo Resumen del mismo. Y su eterno olvido es lo que conduce a los mayores desastres de dirección quienes lo olvidan, produciéndose los peores equívocos. Se ha olvidado siempre, esta gran frase, en todos los órdenes: y de aquí no se haya entendido nunca la verdadera Acción social cristiana, la verdadera Economía cristiana, y, en cierta manera, lo que podríamos llamar la Teología popular.

Se trata de la eterna consigna, de la eterna directiva de Cristo: "Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia, y lo demás se os dará por añadidura".

Y esto es tan profundo que debe aplicarse incluso a lo más alto de la Liturgia y del Reino sobrenatural: hasta a la misma Santa Misa, claro que refiriéndonos a lo que concierne a su proyección comunitaria y social.

Las campanas — ahora, tampoco tañen ya —, las cam-

panas mañaneras, o la voz del Párroco que llama a Misa, en modo alguno debe convocar a sus feligreses a una "Asamblea" del tipo de la de los puritanos, de la de los cuáqueros. A un acto de fraternidad social.

Profundicemos. Porque nosotros, los cristianos, los católicos, tenemos sentido común, y no creemos en cuentos de hadas ni en fantasías.

Recordamos y analizamos a la letra este Primer Mandamiento y Resumen de la Ley de Dios: "Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos, *por amor de Dios*". Que va al fondo.

### **Al prójimo sólo es factible amarle por amor de Dios**

Y nos dice que al prójimo hemos de amarle — porque sólo así se le puede normalmente amar — por amor a Dios. No por otra causa. Porque nada hay, hablemos franca y naturalmente, más poco amable, en sí, que el prójimo. Quien diga lo contrario no toca de pies a tierra, salvo se trate de alguien, imbuido de esta rara virtud — como todas las virtudes naturales (más admirable que imitable), pero totalmente incorriente y utópica — que llamamos filantropía. Y sobre la filantropía, ninguna persona seria puede soñar en montar nada estable, ni menés universal, como es el amor cristiano, que es, ante todo, realista.

Por tanto, la campana de la iglesia dominguera, o la voz del Párroco si se quiere, nos llaman, primordialmente, para "honrar a Dios". Este es, repitámoslo, el fin primario. Y Dios, en la Economía admirable de la Redención, ha establecido el Inefable Santo Sacrificio de la Misa, que es el mismo del Calvario, y que ofrece la única Víctima de valor infinito digna del Ser Infinito, y la única capaz de conducirnos, reconciliados, a Él. Y esto es muy anterior a todo objetivo social que, al mismo tiempo, incluya la Misa, incluso también a todo nacimiento y aumento de caridad y amor al prójimo.

Por tanto, y en realidad, cada uno de nosotros, si conoce las esencias de nuestra Religión, debe entrar en la Iglesia con la finalidad primaria y previa de rendir a Dios tal Sacrificio único — por medio del Sacerdote — que nos es dado ofrecerle. No va, sustancial y primordialmente, a otra cosa. No va a una Reunión de puritanos, a un Club de buenas costumbres, a un Ejercicio de salvación a partir, con el prójimo, simbólicamente un pan y un vino materiales, y a abrazarse unos con otros más o menos ritualmente. No. Va a más. Va a purificarse, a "divinizarse", "fundiéndose" en la Comunión con su Dios, hecho Pan divino y sobrenatural. Su atracción, repitámoslo, es esta *fusión* con Dios. Esto sí que atrae: mucho más que el ser invitado a una reunión social, más o menos escogida, donde fundirse solo simbólicamente con un prójimo, naturalmente hablando, siempre tan poco atrayente.

Una vez en la Iglesia, en el Templo, sin embargo, y merced al Sacrificio, al unirse con su Dios, al alimentarse de Él, y hacerlo, al mismo tiempo, sus hermanos, su prójimo, entonces sí que, simultánea, si se quiere, pero

*inmediatamente como consecuencia*, nunca con prioridad, brota, necesariamente, el amor a dicho prójimo. Porque, si somos miembros de Cristo, y nuestro hermano también lo es, *como la añadidura evangélica*, brota necesariamente la caridad: por cuanto nuestros hermanos y nosotros mismos hemos devenido una misma cosa, al ser todos miembros de Cristo por haber sido alimentados por su Carne y su Sangre. De aquí nace la caridad, como hay caridad necesaria entre los miembros de un mismo cuerpo: aquí el místico de Cristo. Por esto Éste nos dice: "En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amais mutuamente".

"Buscad primero a Dios en la Santa Misa, y alimentaos de Él", y entonces, necesaria, automáticamente, surgirá el amor al prójimo, y resultará entonces justificada la palabra "Asamblea", no equivoca ya, sino "Asamblea de Amor". No una simple asamblea de buena vecindad y educadas costumbres al estilo presbiteriano, donde se predica primordialmente contra la glotonería, la borrachera y demás vicios anti-urbanos, al compás de unos Salmos y al estilo de los países del Norte.

### **Sobrenaturalizar la Santa Misa**

Creemos, por tanto, haber sido bien comprendidos: asistencia al Santo Sacrificio en su primera y mayor esencia; y *todo lo demás nos vendrá por añadidura*. Humana y socialmente, no podemos creer en la eficacia de la filantropía; sólo creemos en la de la Gracia.

Es humano. Si veis una caravana humana que llega a los bordes de un río, donde sólo existe un terreno menguado, y acampa allí, todo serán luchas y querellas para discutir la propiedad de los pocos rincones fértiles.

Sí, en cambio, se avizora la otra orilla, y ésta es óptima, de fertilidad infinita, es seguro surgirá una mancomunidad de amor y de colaboración para mancomunar esfuerzos para construir un barco, o una balsa, que permita

la travesía. Surgirá, automáticamente, tal amor y tal colaboración. Y todo esto lo hemos estudiado y comprendido los viejos de "Cristiandad", oyendo a nuestro Padre Orlandis, tan sobrenaturalista como naturalista (en el aspecto de sentido común de esta última palabra), desde hace medio siglo.

Igualmente. Si en la asistencia a la Santa Misa los fieles vemos, encima nuestro, a nuestro alcance, el bien o el destino sobrenatural, y ya comenzamos a participar de él, surgirá automáticamente una verdadera fraternidad. No habrá odios; sólo deseo de colaboración ante el ideal común: construir la santa Arca entre todos, para que nos conduzca presto a la otra orilla. Automáticamente, un común empeño, un común ideal, es lo único capaz de mancomunar la natura humana: en sí lo menos filantrópica, de natural arisca y herida por el original pecado. Tanto más si esta viciada naturaleza viene superada y curada por la Gracia: aquí el alimento común del Cuerpo de Cristo, nos hace, a todos, miembros de su propio Cuerpo, mancomunados con Él, y entre nosotros mismos.

Por tanto, acudamos a la Santa Misa siguiendo su orden, esencialmente sobrenatural, y, por añadidura, natural también: a sacrificar, ante todo, ante Dios. A nutrirnos en seguida de Él. Y, como *consecuencia, sólo como natural, pero efficacísima consecuencia*, a amarnos de verdad unos a otros.

Aquello es la divina Fuente. Este es el río. La Fuente es Cristo. El río es el amor a nuestro prójimo. No puede haber río sin Fuente. Inútil es empeñarse ignorar a ésta, en querer comenzar por el río, y no ver más que a este último.

El río, repitémoslo para acabar, sólo se explica y existe por la Fuente, que no hay que olvidar como causa y origen de todo. Y la Fuente es la Misa, el Santo Sacrificio, sobrenatural por esencia, por antonomasia.

UN DISCÍPULO

## **EL DILEMA DE LOS JOVENES**

(Viene de la pág. 122)

rar pan a los países que mueren de hambre, de luchar contra el espíritu guerrero ¿no es propio de los jóvenes? Pero es preciso que comprendan que el servicio en el plano de las ideas y en especial en el de la fe, es igualmente un servicio a la sociedad humana del mañana, porque la humanidad no vive sólo de pan, tiene un alma y ésta está actualmente amenazada.

Buscad que la juventud saturada de esta visión del porvenir tenga la voluntad de promover tales valores y ejercitar su combatividad por vías legítimas sólo contra los que atentan contra tales valores. Lo que más les puede debilitar es un clima diluido del cual todo es cómplice y en el que todo está mezclado. Una cierta reacción que estalla entre los jóvenes, ¿es tal vez índice de un

rechazo hacia esta complicidad? Sobre todo no queremos ver en los jóvenes guiñapos de hombres. Pero el problema está en saber hacia dónde se orienta su energía. ¿Es tal vez hacia una generalización del ideal guerrillero? ¿Tal vez el mito de mañana será el de una revolución permanente, de la guerra subversiva que es la peor de las guerras? Exaltar esta guerra como una forma moderna del heroísmo cuando se sabe que necesariamente tiene como instrumento de tortura la violencia, la crueldad es hacer romántica la cosa más desoladora de hoy. El problema está en la necesidad de afirmación de los jóvenes, en la orientación de los jóvenes hacia los verdaderos valores.

JEAN DANIELOU

(L'Osservatore Romano, 1-V-1968.)

# EL CULTO AL SAGRADO CORAZON

## RAZONES DE ESTE CULTO



Por esta razón es absolutamente necesario que los fieles rindan culto y veneración, ya con afectos de íntima piedad, ya con públicos obsequios, a aquel Corazón “de cuya plenitud todos hemos recibido”, y aprendan de él a ordenar su vida, de modo que responda exactamente a las exigencias de nuestro tiempo. En este Santísimo Corazón de Jesús se encuentra el origen y manantial de la misma Sagrada Liturgia, puesto que es “el Templo santo de Dios”, donde se ofrece el sacrificio de propiciación al Eterno Padre, “de modo que puede salvar perfectamente a cuantos por Él se acercan a Dios” (Hebreos, 7, 25). De aquí recibe también la Iglesia el impulso para buscar y emplear todos los medios que sirvan para la unión plena con la Sede de Pedro de todos aquellos hermanos que están separados de nosotros; más aún, para que también aquellos que todavía están al margen del nombre cristiano, “conozcan con nosotros al único Dios y al que Él envió, Jesucristo” (Juan, 17, 3). Porque, en efecto, el ardor pastoral y misionero se inflama principalmente en los sacerdotes y en los fieles, para trabajar por la gloria divina, cuando mirando el ejemplo de aquella divina caridad que nos mostró Cristo, consagran todo su esfuerzo a comunicar a todos los inagotables tesoros de Cristo.

## En relación con el Concilio

A nadie se le oculta que tales son los principales objetivos que, por divina inspiración, recomienda y alienta en los fieles el Sagrado Concilio; y mientras nos esforzamos por traducir en realidad lo que la esperanza nos propone, hemos de pedir una y otra vez la luz y fuerza necesarias a aquel Salvador Divino, cuyo Corazón traspasado nos inspira tan ardientes deseos de lograrlo (1).

## El Sagrado Corazón, fuente de caridad renovadora

Puesto que el Sagrado Corazón es horno de caridad ardiente, símbolo e imagen acabada de aquel eterno amor, con el que "tanto amó Dios al mundo, que le entregó su Hijo Unigénito" (Jo. 3, 16), estamos seguros que esta piadosa conmemoración ha de ayudar a investigar y entender las riquezas de este divino amor, y confiamos, también, que de ahí han de sacar todos los fieles mayores fuerzas para conformar su vida a las enseñanzas del Evangelio, corregir sus costumbres y cumplir perfectamente toda la Ley divina.

## La Eucaristía, don supremo del amor a Cristo

Y ante todo deseamos que se rinda este culto al Sagrado Corazón por medio de una participación más intensa en el culto al Santísimo Sacramento, ya que el principal don de su amor fue la Eucaristía. Porque en el Sacrificio Eucarístico se inmola y es recibido el que está "siempre vivo para interceder por nosotros" (Hebr. 7, 25), Aquel cuyo Corazón fue abierto por la lanza del soldado, derramando así sobre todo el género humano el flujo de su sangre mezclada con agua. Además, en este excelso Sacra-

mento, culmen y centro de todos los demás, "se saborea, como en su fuente, la dulzura espiritual y se recuerda la excelente caridad que Cristo nos mostró en su pasión" (Sto. Tomás, Opusculum 57).

Es preciso, pues, usando las palabras de San Juan Damasceno, que "nos lleguemos a este Corazón con deseo ardiente; para que de tal manera nos haga arder que nos transformemos en Dios" (De fide orthod. 4, 13; PG. 94. 1150).

## La espiritualidad que nos pide el Vaticano II

Este plan nos parece el más apto para que el culto al Sagrado Corazón, que (con tristeza lo decimos) ha decaído en algunos, ya en adelante florezca más cada día y se estime por todos como excelente y segura forma de genuina piedad. Esta piedad exige nuestro tiempo, conforme a las normas insistentes del Concilio Vaticano II, para con Cristo Jesús, Rey y centro de todos los corazones, que "es cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, el Principio, el Primogénito de todos; así Él tendrá siempre la primacía en todo" (Col. 1, 18).

## Tiende a adorar y reparar a Jesucristo y se funda en la Eucaristía

Y puesto que el Concilio Universal recomienda en gran manera "los ejercicios de piedad cristiana, especialmente cuando son realizados por voluntad de la Sede Apostólica" (Const. de la S. Liturgia, art. 13), parece que éste ante todos hay que inculcar, puesto que (como dijimos antes) todo este culto se dedica a adorar y reparar a Jesucristo, y está fundado sobre todo en el augustísimo misterio de la Eucaristía, de la cual, como de todas las acciones litúrgicas "se sigue la santificación de los hombres en Cristo y, la glorificación de Dios, a la que tiende toda la actividad de la Iglesia, como a su fin" (Ibidem, art. 10) (2).

PAULO VI

(1) Carta a los Superiores de las Órdenes Religiosas cuyo titular es el Sagrado Corazón.

(2) Carta Apostólica "Investigabiles divitias".



# VINDICACION DE LA VIDA RELIGIOSA POR EL CONCILIO VATICANO II

II

## NECESIDAD DE ESTA REIVINDICACION

Ha sido muy oportuna y aun necesaria, y del todo elocuente y eficaz, la vindicación que de la vida Religiosa ha hecho el Concilio Vaticano II, por la vía de las alabanzas grandiosas y múltiples, del enaltecimiento, sólido y ampliamente razonado, y de la aprobación solemne magnífica.

Lo hemos visto en el artículo anterior sobre este tan importante asunto.

No menos oportuna y necesaria era la vindicación de la vida Religiosa por la otra vía de hacerse cargo el Concilio, y tener muy presentes, los ataques y objeciones que se propalan contra la vida Religiosa; y después de rebatirlos y refutarlos, demostrar con firmes argumentos que la verdad es todo lo contrario de lo que se ataca y se objeta. También esto lo ha realizado el Concilio de la manera más acertada, elocuente y eficaz.

Lo vamos a ver, en este artículo, respecto del ataque y objeción que más frecuentemente se repite acerca de la vida Religiosa; y el que se presenta con más engañosos sofismas.

Es a saber: que la vida Religiosa va en contra de la libertad humana.

No es nueva la objeción insidiosa de que la profesión religiosa, por los Votos, es un ataque a la libertad.

Esta especie calumniosa y este burdo sofisma corría de boca en boca, y se estampaba en los libelos que, durante buena parte del siglo XVIII, prepararon la expulsión de los Jesuitas, primero en Portugal, por el Marqués de Pombal, y después en España, por Carlos III, y en Francia, por Luis XV; a los que siguieron otras Cortes europeas.

Más tarde, también en Francia, la Comisión de Reli-

giosos cerró, en 1760, muchas Casas Religiosas, y con parecidas pseudo razones.

Y la Asamblea Constituyente de la Revolución francesa, a pesar de las protestas de muchos Obispos, se atrevió a invadir el terreno de la conciencia. He aquí cómo lo refiere Daniel Rops (La Iglesia de las revoluciones, págs. 14 y 15):

"El 28 de octubre de 1779, fue suspendida y prohibida la profesión de los Votos en todos los Monasterios y Casas Religiosas, ¡en nombre de la libertad individual!... El diputado Treilhard, miembro influyente de la Comisión eclesiástica de la Asamblea, preparó un decreto que suprimía los Votos religiosos; y lo consiguió aprobar el 13 de febrero de 1790.

"Los oficiales de los Municipios se presentaron en todas las Casas Religiosas, y preguntaron a cada uno, o a cada una, de los miembros de las Comunidades, si deseaban salir, o quedarse. Quienes abandonasen el Claustro, recibirían una indemnización para vivir. Los Religiosos fieles a su profesión serían agrupados, mezcladas todas las Ordenes, en las Casas conservadas.

"El resultado fue muy adverso a los planes de la Asamblea; y hubo, singularmente entre los Capuchinos, Trapenses y Cartujos, poquísimas defecciones.

"Y entre las Religiosas, la perseverancia fue casi unánime, ejemplar. Las Carmelitas respondieron a los comisarios: El yugo del Señor nos es dulce; y las Salesas: Pedimos vivir y morir en el estado santo y dichoso que abrazamos sin coacción ninguna, que ejercitamos con amor y celo, y que constituye la única felicidad de nuestra vida. ¡Nobles palabras (exclama Rops) que consuelan el dolor de otras defecciones!"

## OPORTUNIDAD EN LA HORA ACTUAL

Mas si tales ideas, en el siglo XVIII, cundían entre los "revolucionarios", en nuestra época han invadido también las mentes de muchas gentes "de orden". Se dice y se repite hasta la saciedad que la vida Religiosa, por la profesión de los Votos, es un flagrante ataque a la libertad, o, a lo menos, la merma, la rebaja, e impide que se desarrolle en toda su plenitud.

El Concilio Vaticano II se ha enfrentado valientemente con esta objeción; la ha rechazado, y ha enseñado con su gran autoridad, que la realidad es todo lo contrario de lo que la objeción insidiosamente proclama.

Ya en el número 41 de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, y que es el 3.º de su Capítulo V, "Universal vocación a la santidad en la Iglesia", afirma resueltamente el Concilio que los discípulos de Cristo que quieren seguirle más de cerca, abrazan la castidad por el Reino de los cielos, aceptan la pobreza, y renuncian por la obediencia a su propia voluntad, "con la libertad de los hijos de Dios".

Esta libertad de los hijos de Dios es la libertad verdadera, la libertad íntegra. Mas no lo es ciertamente la de muchísimos hijos de este mundo, porque es una

libertad que está menoscabada y aun atada por los féreos vínculos de las pasiones desordenadas, y por el influjo tiránico de los respetos humanos; pasiones y respetos que, aunando sus esfuerzos, se atreven a subir descaradamente a lo más alto del alcázar del espíritu humano, que es su libertad, para cogerla con mano opresora, y hacerla descender a las regiones bajas, en las que toda servidumbre y toda esclavitud tienen su propio lugar. Piensan y creen ser libres, mas no lo son en verdad; son más propiamente esclavos; y no pocas veces esclavos atraillados con cadenas que les sujetan innoblemente.

No así los hijos de Dios, los cuales tienen, digámoslo así, una libertad libre; y así es que pueden hacer uso libérrimo de ella, porque no la tienen atada con lazos ningunos, ni sujeta a influjos extraños. Son en verdad

libres, porque hacen lo que quieren, ya que quieren siempre lo que deben.

Todavía de un modo más expreso deshace el Concilio esta objeción, cuando en el comienzo del Capítulo VI, "Sobre los Religiosos", después de mostrar la alta finalidad de la vida Religiosa, que es la perfección de la santidad cristiana, y la entrega al apostolado en bien de los prójimos; al indicar certeramente los grandes medios que las Familias Religiosas ofrecen a sus miembros, para que alcancen esa doble nobilísima finalidad, pone como el último y principal de ellos, éste: "una libertad, mejorada por la obediencia, en orden a poder guardar fielmente y cumplir con seguridad su profesión Religiosa".

No se podía rebatir mejor aquella objeción, que aseverando la verdad de lo contrario.

### CON LA LIBERTAD DE CRISTO

Y cierto que gran medio es éste para que los Religiosos puedan conseguir su doble alta finalidad. Y lo proclama abiertamente el Concilio; y con toda idea; en contra, sin duda, de las falsas opiniones que tanto cunden por doquier, de que precisamente la obediencia religiosa anula y hace perder la libertad humana; o, por lo menos, atenta contra ella. Lo asevera el Concilio con toda razón.

Es que la libertad humana tanto más mejorada está, cuanto más alejada de los peligros de engaños y equivocaciones en el entendimiento, y de desviaciones y fallos morales en la voluntad; asimismo, está tanto más mejorada, cuanto más facilidades y ayudas tiene para acertar con la verdad, y poseerla; para adherirse al bien, y ponerlo por obra, con el mérito de la obra buena hecha libremente; y, finalmente, está tanto más mejorada nuestra humana libertad, cuanto más noble y elevada es la dirección y tendencia que tiene ella misma; y más digno y santo es el empleo y uso que hace de sí misma en todas las cosas.

En una palabra, la libertad de los hijos de Dios en la tierra es tanto mejor y más perfecta, cuanto más se parece a la libertad de los hijos de Dios en el cielo; cuanto más libremente, sin trabas, ni ataduras, ni esclavitud, ni influencia de nada y de nadie que la menoscabe, desvíe o altere, hace y acepta por entero la voluntad de Dios. Tal es la norma y la perfección que Cristo, el Maestro divino, el único verdadero Maestro, señaló a nuestra voluntad libre, en el cumplimiento de la voluntad de Dios, fin concreto de nuestra vida, y manera única de imitar la santidad de Dios, y de pertenecer dignamente al Reino de la santidad, que es el Rei-

no de Dios: "hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo" (Mt., 6, 10). Los hijos de Dios en el cielo, gozando de la herencia del Padre, son libres, y tienen su libertad perfectamente mejorada; pues por su visión intuitiva de la Suma Verdad, y su adhesión unitiva al Sumo Bien, tienen plena libertad para conocer y poseer toda verdad, para amar y obtener todo el bien; mas no para el error; ni para el mal, lo cual es evidentemente una imperfección de la libertad humana. Y de esa manera viven a semejanza de Dios, cuya vida Trinitaria participan bienaventurada y eternamente.

Ahora bien: la obediencia, y señaladamente la que sellada con el voto, es propia de la profesión religiosa, es la que, como tan acertadamente enseña el Concilio, mejora la libertad humana; y tanto más y mejor la perfecciona, cuanto más perfecta es la obediencia. Y la razón es clara, según lo que acabamos de indicar; pues la obediencia es la que a la libertad humana la aleja de todos aquellos peligros; la de todas aquellas facilidades y ayudas; la pone en aquella dirección y tendencia, la más noble y elevada; y le lleva suavemente a aquel empleo y uso, el más digno y santo.

En realidad, al ofrecer el Religioso, y consagrar al Señor su humana libertad en la obediencia, no pierde, no, esa su libertad, sino que la mejora y la perfecciona; pues, con la obediencia, se deja poseer y regir por la Sabiduría y Bondad de Dios, normas segurísimas de toda rectitud y perfección, intelectual y moral; y así, hace el mejor uso de su libertad, sin temor de equivocaciones ni errores, ni de desviaciones o fallos morales, pues el mismo Dios es el que le rige y gobierna, por medio de sus Legados y Representantes, que son los Superiores Religiosos.

### EL ACTO MAS NOBLE Y SANTAMENTE LIBRE

Y ¿qué mejor fruto de nuestra libertad, que poderla restituir por entero, con el acto más noble y santamente libre, en la obediencia, al que nos la dio?

Así que con plena razón y acierto enseña el Concilio que con esta libertad humana, mejorada por la obediencia, pueden los Religiosos "guardar fielmente y cumplir

con seguridad su profesión religiosa". Se deduce de lo dicho; y es el gran medio que el Concilio les propone, para "avanzar en la vida de la caridad, con espíritu gozoso".

¿Qué queda, pues, de la tan decantada objeción, de que los Votos Religiosos, en especial el de obediencia, atentan contra la libertad, la menoscaban y rebajan, la atenúan y merman? Queda deshecha y pulverizada por el Concilio.

Ni tan solamente los Religiosos, sino también los demás verdaderos discípulos de Cristo, que en el estado laical quieren vivir conforme al espíritu de los consejos evangélicos, en pos de Cristo, y practican con sincera voluntad, con espíritu de fe, y para ir subiendo a la cima de la caridad, su obediencia cristiana, mejoran con ella su humana libertad. Son más perfectamente libres.

Y todavía más, si al escuchar el llamamiento del Señor, que les invita a abrazarse con la perfección de la vida cristiana, aun en su estado seglar y en sus diversas profesiones terrenas, lo hacen animosamente, y llegan a hacer al Señor una generosa donación de su propia libertad.

A tal alta perfección lleva San Ignacio, como instrumento de la divina gracia, a cuantos teniendo "sujeto" (como él dice), y deseando "aprovecharse todo lo posible" en la vida santa cristiana, hacen bien sus Ejercicios Espirituales; pues, habiendo comenzado por meter en lo profundo del alma la gran verdad fundamental, enseñada por Cristo, de nuestro último fin sobrenatural; y habiéndoles hecho decidirse a la elección de los mejores medios, en orden a ese fin, o sea, los que más y mejor

conducen a la mayor gloria de Dios, por el perfecto cumplimiento de su santa voluntad; y una vez que les ha guiado por el camino de la penitencia cristiana, en orden a que purificadas sus almas y ordenada su vida, eviten todo lo que les impide y se dispongan a todo lo que ha de llevarles a aquella encumbrada perfección; les muestra el verdadero camino para llegar a ella, que es conocer internamente a Cristo, para más amarle y más de veras seguirle. Y cuando les tiene ya llenos de Cristo, alistados entre los más resueltos soldados de su Reino, les propone, como en rompientes de luz celestial, la inmensa bondad con que Dios les ama; y cómo por este soberano amor, les da sus más preciosos bienes, y se da Él a sí mismo a ellos; hasta llevarles a la pacífica y eterna posesión del mismo Dios, con la que, según su disposición amorosísima, quiere darse a ellos plenamente en la gloria del cielo; entonces pone San Ignacio en los labios, y más en el corazón del ejercitante, aquella sublime donación: "Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad". Con la generosa entrega de esta donación, queda su libertad mejorada y perfeccionada; no la han perdido, sino que la han sublimado.

Y tanto de los Religiosos, que así entienden y practican la obediencia religiosa, como de los laicos que así entienden y practican la obediencia cristiana, mejorando unos y otros su libertad con la obediencia, es perfecto Modelo el que lo es de toda santidad, Cristo Jesús; pero singularmente en la perfección de la obediencia, que es el rasgo principal y más característico de toda su vida; "hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz" (Phil., 2, 8).

## LIBERTAD Y OBEEDIENCIA

El acto más grande de la libertad de Cristo fue hacer libérrimamente el sacrificio de su libertad, física y moral, y con él, el sacrificio de su honor y de su vida.

Fue esto en el majestuoso pórtico de la Pasión del Salvador, que fue su prendimiento, a la entrada del huerto de Gethsemaní. Quiso libremente ser apresado, perder su libertad, entregarse a sus enemigos, para que todos nosotros fuésemos en verdad libres. ¡Cuán glorioso y amablemente excelso se nos muestra aquí el Salvador, y cuán ejemplarmente se manifiesta su poder y su divina libertad! No quiere ni necesita a ningún defensor. Si Él hubiese querido defensa, y el Padre Celestial, a cuya voluntad estaba plenamente entregado, no hubiese dispuesto otra cosa, le hubiera bastado hacer una sola señal, para que los ejércitos celestiales hubiesen bajado en seguida a sus órdenes, como Él mismo lo dijo a los que venían a prenderle. Pero tampoco necesita a los Ángeles; con una sola palabra echa por tierra a la cohorte nentera. Es que "Oblatus est quia Ipse voluit" (Is., 53, 7); se ofreció, porque quiso; lo quiso con entera libertad; y éste fue el acto más grande de su libertad.

Y lo mismo en toda su Sagrada Pasión. Fue atado y

fue crucificado; pero en medio de sus ataduras de sogas y cadenas, y de los clavos que fijaron cruelmente en la Cruz su sacratísimo Cuerpo, era dignísimamente libre; fue invicta la majestad de su libertad, con que voluntariamente se sometió a todos los sufrimientos de su Pasión y Muerte. Con su libre entrega a padecer y morir, dio a Dios la mayor gloria, y nos mereció todos los bienes de gracia y gloria a sus hermanos, los hombres.

Así el Religioso, entre las santas ataduras de sus Reglas, y entre los clavos de sus Votos; y también el seglar cristiano, entre los santos lazos de su obediencia, son soberanamente libres, pues conservan incólume la majestad de su libertad, imitación de la de Cristo.

Si el Concilio, con sus enseñanzas, ha deshecho la objeción de que los Votos religiosos, y singularmente el de obediencia, se oponen a la libertad humana, la disminuyen y rebajan; es que Cristo había deshecho victoriosamente esa misma objeción con el maravilloso ejemplo de su libre entrega a la vida de Cruz, y a la muerte de Cruz.

# IMPORTANCIA VITAL DE LA ORACION

De distintas maneras, puede el hombre elevarse, con sus potencias superiores, hasta Dios mismo. Como criatura suya, dotada de razón, descubre "su huella", en toda la obra de la creación, que le invita reconocer y proclamar su supremo poder. ¡Cuántas cosas nos hablan de Dios!...

Debe ser hermoso, impresionante, el espectáculo que, desde su cápsula espacial, contempla el astronauta; si es creyente, ha de sentirse impulsado a entonar con acento vibrante, el bellísimo salmo 18, que comienza: "Los cielos cantan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos"...

Los adelantos de la técnica moderna, ponen de manifiesto, las posibilidades del entendimiento humano, obra mimada de la Omnipotencia divina, cuya inmensa Bondad, ha querido, dar al hombre facultades, con que descubra y conozca las maravillas de su poder, y con ello tenga ocasión de elevarse a Él, en un movimiento de admiración y gratitud.

Aun sin haber recibido el inapreciable Don de la Fe sobrenatural, el hombre puede admirar en sí, y en sus semejantes, la imagen de Aquél, a cuya semejanza ha sido creado, y que ha querido dejar impresos en la criatura racional, destellos de su Sabiduría, de su Bondad, de su Poder y de su Amor.

Es admirable, cómo el Señor ha querido estar presente, de diversos modos, en toda la Creación. Su presencia todo lo llena, y con su poder conservador, mantiene en la existencia cuanto tiene ser; al reflexionar sobre estas verdades, nos sentimos impulsados a repetir con el apóstol San Pablo: "En Él vivimos, nos movemos y existimos"... No es posible ignorar la relación necesaria de la criatura, respecto al Creador, sin quitar con ello a la vida del hombre, lo que tiene de más bello, de más noble, de más profundo: su tendencia hacia el Increado, hacia el Eterno, hacia Dios, y como consecuencia el sentido trascendente de la vida, lleno de esperanzador optimismo. Por el solo hecho de ser criatura racional, el hombre encuentra paz, alegría, consistencia, en esa innata tendencia a su Creador y Señor, que le eleva y dignifica, y que, bien podemos llamar, en cierto modo, oración de orden puramente natural.

En un plano superior, está el orden sobrenatural, del cual es Autor, el mismo Dios, Creador y Conservador providente del orden natural. A ese orden sobrenatural, divino, ha querido elevar nuestra pobre naturaleza, y como algo superior a las exigencias de la misma, que si bien es verdad que, con la luz de la razón natural, puede descubrir a Dios en su obra creadora, es en cambio, incapaz absolutamente de realizar actos de conocimiento sobrenatural de ese mismo Dios, que se nos re-

vela, no solo como Creador, Conservador y Justo Juez, sino como un Dios personal, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y quiere que le amemos con un amor muy por encima del puro amor natural, y nos promete parte en su eterna y perfecta felicidad.

Es necesaria una luz especial, la luz luminosa de la Fe; sin ella, imposible conocer y amar, sobrenaturalmente a Dios; cierto, que, el conocimiento de la Fe, siendo luminoso, es oscuro, imperfecto, pero es seguro, porque se funda en la autoridad y Sabiduría de Dios, Verdad infinita, que, ni puede engañarse, ni puede engañarnos.

En el Santo Bautismo, somos re-engendrados; nacemos a una vida nueva, a la vida sobrenatural; somos injertados en Jesucristo, y de tal forma somos incorporados a Él, que quedamos hechos miembros de su Cuerpo Místico, y lo que Él, Cabeza, es por naturaleza, Hijo natural y eterno de Dios, y Dios como el Padre, nosotros, lo venimos a ser por Gracia de participación y adopción.

La vida interior, sobrenatural, es, por tanto, una auténtica participación de la vida íntima, misteriosa de Dios; no consiste en actos aislados de piedad, sin conexión alguna con esa relación de amor, entre el alma y Dios, ni es tampoco una pura introversión. La vida interior, denota la presencia adorable de Dios, en el alma santificada por la Gracia, presencia distinta de aquella presencia, con que da el ser a todas las cosas, y todo está presente a sus divinos Ojos; presencia inefable, que reclama de nosotros, gratitud, adoración, amor e íntima comunicación. Dios actúa en nosotros; nos comunica, su amor, su vida, y así, entramos a vivir en sociedad con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo; el alma queda deificada, transformada, por la acción eficaz y amorosa de Dios. Somos hijos del Padre, co-herederos del Hijo.

El silencio y el recogimiento interior, no son, sino medios de todo punto necesarios, para dedicar, en fe, mayor atención a esa presencia adorable, siempre transformante, de Dios en el alma.

Las almas de oración, sienten, de diversos modos, esa divina presencia, que les invade; no puede ser de otra manera. El Señor, que está presente, se deja sentir como es, como Dios, que es Padre, y así, con su Espíritu, mueve al alma, al más filial y confiado abandono a su paternal Providencia; se deja sentir, no sólo como Padre, sino como Hijo, Sabiduría del Padre, que nos ilustra con su Luz, Autor de nuestra redención, y su Espíritu, que es el mismo Espíritu del Padre, nos mueve a desear la total configuración con el Crucificado, mediante la participación en sus padecimientos; pone en el alma deseos de

una identificación tan plena, que pueda decir con el Apóstol San Pablo: "para mí, vivir, es Cristo", y con Cristo y en Él, desea adorar al Padre en espíritu y en verdad. Pero Dios, es también Amor, y su Espíritu, Amor personal, actúa, mediante sus divinos dones, disponiéndonos a recibir y secundar, con docilidad sus mociones; es el Santificador que, con su acción misteriosa, perfecciona en nosotros la total configuración con Cristo, en que consiste la santidad.

Deificada el alma, y por la gracia de adopción, hechos verdaderos hijos de Dios; "revestidos del hombre nuevo", somos potenciados con facultades operativas, que nos permiten hacer obras, capaces de mérito sobrenatural. Las virtudes teologales infusas; las virtudes cardinales y morales; los Dones del Espíritu Santo, con que es enriquecida el alma, le permiten obrar sobrenaturalmente, ya de un modo racional y humano, propio modo de obrar las virtudes, ya al modo o estilo divino, propio modo de obrar el Espíritu Santo, en el alma, a través de sus Dones.

El alma, así transformada y enriquecida, puede elevarse fácilmente, en amoroso diálogo, siempre ayudada de la Gracia actual, hasta su Dios, su Padre, su Señor podemos, y debemos orar; más aún, no hacerlo es incorrección. La oración, es diálogo; el alma, habla, se desborda en diversos sentimientos de amor, de adoración, de entrega, de inmolación, de reparación y expiación, de petición, etc., etc., pero, sobre todo, escucha, está atenta; de ahí, la importancia del silencio y recogimiento interior. Debemos escuchar a Dios, presente, en lo más íntimo, profundo y abismal de nuestra alma.

La vida interior sobrenatural, es algo tan maravilloso, de valor tan inestimable, que, por más que hagamos, nunca será suficiente para agradecer al Señor, la gracia de un Don tan excelente como es poder vivir en intimidad con Dios, Uno y Trino; verdaderamente somos, "familia de Dios", "linaje escogido", "nación santa".

No es tópico, la frase "dialogar con Dios", sino consoladora y posible realidad.

Podemos aplicar a estas íntimas relaciones del alma con Dios en la oración, las palabras del Oficio litúrgico de la Octava de Navidad: "Oh admirable commercium"...; en verdad es maravilloso este intercambio: Dios en mí, para que yo viva en Él; me une a Él, para que sea por gracia, lo que Él, es por naturaleza.

Si la contemplación de las cosas creadas, puede elevar al alma, hasta su Creador, ¿cómo es posible, que, en un orden más elevado, cual es el orden sobrenatural, la presencia divina, su acción misteriosa en el alma, no la arrastre a Él, mediante una corriente de amor sobrenatural, que nos haga un solo Espíritu con Él?

"Si alguno me ama, dice el divino Maestro, por boca de San Juan, mi Padre le amara, vendremos a él, y haremos en el nuestra morada". El alma, es morada, templo vivo de Dios; nos lo recuerda el Apóstol San Pablo, cuando dice: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo está en vosotros? El alma es Sagrario, que

encierra la presencia de la Santísima Trinidad, pero sagrario viviente, consciente, libre.

Si Dios, está presente en el alma, haciéndole partícipe de su vida divina, una corriente de amor, nos debe mantener en ininterrumpido contacto con Él, en disposición de escucharle siempre, actitud orante y que debe ser normal en todo cristiano, consciente de la dignidad y grandeza de su vocación, pero muy especialmente debe ser disposición, clima y atmósfera de las almas consagradas a Dios, por la vocación religiosa o sacerdotal.

Es muy hondo el fundamento dogmático, en que se apoya el trato íntimo, personal, con Dios, pero no cabe duda que es un misterio, y como tal, hay que vivirlo en fe y amor. Sin fe sobrenatural, ni siquiera se concibe la posibilidad de la vida interior sobrenatural.

La oración, y más, el espíritu de oración, es una gracia, un Don del Señor. Los bienes que el alma recibe en ese coloquio con su Señor y Padre, son muy grandes. No es la oración, el fin de la vida interior, sino la perfección en la caridad. La oración, es un medio, por demás eficaz y adecuado, para robustecer la vida nueva en Dios. Por ello, todos los Maestros de la vida espiritual, la recomiendan, como algo de todo punto necesario; los Santos, experimentados en la vida interior, todos, la han practicado. Es el mismo Señor, Quien, nos recomienda "orar para no caer en la tentación" y expresa la necesidad de "orar siempre", y confirma su enseñanza, con su ejemplo; sabemos por el Santo Evangelio, que, con frecuencia, pasaba las noches en oración al Padre. Los Apóstoles, siguiendo la doctrina y el ejemplo del Maestro, renococen que "no deben dejar el ministerio de la palabra y la oración", y eligen a los diáconos, y el Apóstol San Pablo, nos exhorta a ser constantes y fervorosos en la oración. Sin el riego de la oración, la vida interior se seca. La oración humilde, constante, profunda, aviva la caridad, es decir el amor, en cuya plenitud, consiste la perfección, pues, "Dios es caridad, y quien permanece en caridad, permanece en Dios, y Dios en él", como leemos en San Juan.

Cuando el alma se eleva a Dios, mediante alguna de sus facultades superiores, por un motivo sobrenatural, esa elevación, es una oración; cuando, "como el ciervo, que busca las fuentes de las aguas", el alma busca a Dios, Fuente de vida, de amor, de paz, de felicidad, no cabe duda, que, esa búsqueda amorosa, esa ansia y nostalgia de Dios, es también oración; cuando el alma, trabaja, por mantenerse de cara a Dios, bajo su paternal mirada, con deseos de poseerlo siempre y no perderlo jamás, sin duda alguna, que mantiene esa actitud porque ora; cuando, en fin, el alma, acuciada por la caridad, se consume en deseos de reparación, de expiación, de inmolación, de amor oblativo, que le empuja a una total donación, no hay duda que el alma, se mantiene en oración. La oración no es complicada. Los mismos trabajos y dificultades que ofrece la vida, nos estimulan a acudir al Señor, movidos por diversos sentimientos, y así, no hay lugar, ni persona, ni estado, que sea impedimento

para orar, es decir, para que, el alma con espíritu de fe, consciente de su limitación, de su pequeñez y de su miseria, pueda elevarse hasta Dios, y en esa elevación del alma a Dios, consiste la oración.

A veces, y para algunas almas, la oración parece algo en extremo difícil; ¡es tan complicado el armazón; son muchas las piezas del andamio!... Nuestro trato íntimo con Dios, debe ser personalísimo, como conviene a hijos, que, movidos por el amor, tratan a solas, en la intimidad, con su Padre, que, además es su Dios, y su Señor; no podemos reducir la oración a esquemas prefabricados, ni a ficheros, que, si bien pueden ser útiles a algunas almas, para orientar su vida de oración, no son la oración misma. Los distintos sistemas de oración, dignos del máximo aprecio, por ser obra de maestros experimentados, y que la experiencia ha demostrado su utilidad en determinadas circunstancias de la vida interior, se han de emplear, solo, por el tiempo, y en la medida que presten al alma alguna ayuda, y se debe prescindir de ellos, como de algo que ha cumplido su cometido. Es muy importante tener muy claros los fundamentos doctrinales en que se basa nuestra vida de oración; debemos, además, fomentar la constante aspiración a Dios, la docilidad al Espíritu Santo, y un filial y confiado abandono a la paternal Providencia del Padre. Con estas disposiciones, es el mismo Espíritu de Dios, Quien, obra en nosotros y con nosotros, nuestra santificación, y nos hace orar como conviene.

Por falta de la conveniente disposición, aprovechamos poco en la oración; nos resulta difícil el diálogo con Dios, y fácilmente abandonamos la oración, por parecernos que perdemos el tiempo, y que, no somos llamados a ir a Dios, por ese camino. La mortificación, ya interior, ya exterior, es necesaria, si queremos orar bien. La atención a Dios, en silencio y recogimiento, lo mismo que la soledad y desprendimiento interior de todo, ayudara a que nuestra oración sea más pura, y grata al Señor. Oración y vida regalada, no se compadecen, nos enseña, la gran Maestra en asuntos de oración. Santa Teresa de Jesús.

No es mi intento, hablar en este trabajo de la oración, en todos sus aspectos. Hay muchos grados de oración, como hay también distintas maneras de orar. Sólo pretendo poner de relieve, lo muy necesaria que es la oración, si queremos vivir en Dios, de Dios y para Dios.

La lectura de libros espirituales, especialmente, la lectura reposada, reflexiva de la sagrada Escritura, nos pone en contacto con el Señor, que, nos habla a través de las páginas inspiradas. La Palabra de Dios, cae en el alma, como semilla en buena tierra, y sin duda, germinará al tiempo de la oración, para tener honda repercusión en nuestra vida.

En la Sagrada Liturgia, encontraremos, ideas y sentimientos, que, enriquecen nuestra mente y corazón, siendo así, alimento de nuestra oración personal, íntima, recogida. Los mismos ritos sagrados, realizados con autenticidad y unción espiritual, despiertan en nosotros

sentimientos de devoción, que estimulan nuestra vida de oración.

La meditación ordenada, sistemática, profunda de las verdades de nuestra Fe; la consideración de los Divinos Atributos, etc., son ayudas para mejor orar y alimentar nuestro incesante anhelo de Dios.

El amor a Jesucristo; la meditación de su vida; la identificación con sus sentimientos y la configuración con su Muerte; la inmolación con Él, en la Santa Misa, son poderosas ayudas que mueven al alma, a ofrecerse al Padre, creando en nosotros, una corriente de amor filial, de generosa entrega, de abandono amoroso, a la acción renovadora del Espíritu, que nos hace orar con humildad, confianza y perseverancia, condiciones necesarias a toda oración.

En la oración, hemos de olvidarnos de todo y de todos, para centrar nuestra atención, en solo Dios; sobre todo, nos hemos de olvidar de nosotros mismos, no para hundirnos en una nada irracional, sino para prestar mejor atención a Dios. No creamos con ello, fomentar un absurdo y reprobable egoísmo, ya que, en la medida en que, el alma, ayudada de la divina gracia, sale de sí, y trabaja, en paz, por situarse en Dios, en un clima de amor desinteresado, que le mueve a darse, en esa medida, la de su donación, es decir, la de su amor, será útil a los demás a la Iglesia, pues sus sentimientos serán los mismos que los de Cristo, el gran Adorador del Padre, y sus intenciones serán las mismas, por las que se entregó el Gran Pontífice, Jesucristo. Hemos de arrojar todos nuestros cuidados en Dios, en la seguridad que, Él cuidara de nosotros y de nuestras cosas, sin que esto nos exima de nuestra colaboración, en la medida que es querida por Dios.

Lo importante es orar; lo menos importante es el sistema empleado en la oración; sin duda, juega su papel en nuestra oración, el temperamento, el carácter, la preparación moral y religiosa, y aun, la cultura del que ora, pero sobre todo, la gracia recibida del Señor, en orden a la misma oración. Lo fundamental, repito, es que, haya auténtico diálogo amoroso, trato íntimo y personal con Dios. Estemos seguros de que, de esa comunicación a nivel personal, no se pueden seguir sino bienes muy grandes, de todo orden, para el alma, para la Iglesia, para la sociedad entera. No se concibe vida cristiana auténtica, sin oración; mucho menos se concibe una vida consagrada a Dios, en el sacerdocio o en la vida religiosa, sin una profunda y sólida vida de oración. Tal vez, la ausencia de una vida de oración sería, sea la causa de tantas defecciones, de tantas vocaciones frustradas. Nunca se insistirá lo suficiente a este respecto. Realmente, es vital, para nosotros, sacerdotes y religiosos, preparar, orientar, y sobre todo, vivir a fondo, la magnífica realidad de nuestro trato con el Señor.

Si, por una moción especial de Dios, debidamente contrastada como auténtica, sentimos que el Señor, nos invita a una mayor intimidad con Él, mediante una dedicación más intensa, no pongamos obstáculos; dejémo-

nos conducir, con humilde sumisión, por la acción purificadora y santificadora del Señor; prestemos nuestra colaboración a la obra divina, que nos irá disponiendo a una vida de oración más honda, más personal, a la vez que más universal; poco a poco, nuestra oración, será más pura, más callada; más contemplativa, más

apostólica. La iniciativa de Él ha de venir; en todo caso, gratitud, mucha y humilde gratitud al Señor, que nos hace posible la comunicación con Él, en la intimidad, mediante el lenguaje sublime del amor.

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

## CRISIS DE LA FE

1. — Hoy vemos por todas partes, aun entre los católicos y entre los españoles, en concreto, señales indiscutibles de una crisis de fe.

Hay dudas, no precisamente y siempre consentidas, pero sí sentidas y a veces, con honda angustia, acerca de las verdades de la fe, incluso acerca de la existencia de Dios, y, especialmente, de todas las realidades que constituyen el misterio cristiano: Jesucristo, la Virgen, la Iglesia, el Papa, la Eucaristía, y los otros sacramentos...

Y de esas dudas, inquietudes, angustias, brota una situación de desesperanza, de desánimo, de *pesimismo*; una situación de falta de *amor* y de adhesión a las realidades de las personas e ideales objeto de la fe misma.

El gozo y la alegría cristiana, inherentes a una fe viva, han sufrido gran quebranto.

Aquel gozo y alegría de las primitivas comunidades cristianas, descritas en los Actos de los Apóstoles; de las familias educadas y formadas en las venerables tradiciones de la Iglesia Católica; de los santos, de los mártires...; han bajado de fervor e intensidad en grado alarmante. Y sin embargo, el ideal es precisamente ese gozo y alegría propios de una convicción firmísima y tranquila sobre la verdad de la fe, no la agonía o angustia de Unamuno y de ciertos modernos existencialistas.

El Papa, en su interesante alocución del 14 de junio de 1967, alaba esa paz y vivencia gozosa de la fe como ideal, no la inquietud, la turbación, el miedo de estar equivocado uno al creer.

La inquietud del creyente ha de ser la preocupación por realizar las exigencias de su fe; cierto pesar, sin desfallecimiento, por no estar a la altura de sus creencias; anhelo de llevarlas a la práctica íntegramente; vehemente deseo de más perfecto conocimiento de las realidades divinas, para más amarlas y mejor servir las; pasión por difundir esa fe en todo el universo para gloria de Dios y bien del mundo. La inquietud del Divino Impaciente. Y de San Pablo, heraldo de Cristo.

¡Esa es la inquietud propia del cristiano auténtico!, que coincide con aquel hambre y sed de jus-

ticia o santidad, tan alabado por Cristo.

Es una especie de masoquismo, estar a todas horas afanándose por inquietarse en la fe, trayendo a revisión sus fundamentos. Como si un cónyuge se afanara por hallar razones para dudar de la fidelidad del otro, siempre y con evidencia comprobada. Así toda certeza vacilará.

2. — Esa crisis de la fe se debe a muchas causas que yo mismo he explicado otras veces; y muchos, mejor que yo.

Pero una de ellas es el perverso criterio de algunos, publicistas e incluso teólogos, que so pretexto de fortificar y de hacer consciente y personal la fe, como ellos dicen, la sacuden sin miramiento a la debilidad humana del pueblo, que no puede reaccionar, como necesitaría reaccionar, para vencer esas terribles tentaciones a que lo someten.

Los antiguos, tan sabios en muchas cosas, decían que *Maxima debetur puero reverentia*. Para indicar que no hay que poner ni ante sus ojos ni ante su mente espectáculos que lo puedan escandalizar y no edificar, habida cuenta de su impotencia para superar la tentación y convertirla en instrumento de saludable formación.

Pues bien, esos publicistas y teólogos no se han dado aún cuenta de que la inmensa mayoría son masa, son niños, a quienes hace un daño inmenso presentarles ciertos aspectos o problemas que podrían presentarse a otros bien formados, teólogos y filósofos, pero no a ellos. En revistas especializadas, no en periódicos para todos sin discriminación.

Esa problemática penetra en las almas de muchos fieles, y como que desgarran los complejos de su fe y de toda su vida religiosa y moral, produciendo en ellas heridas dolorosas, cuando no mortales, de escepticismo, indiferencia, turbación, desengaño y aun pérdida de la fe...

Nos hemos de persuadir de que tardará mucho tiempo el pueblo — que son la inmensa mayoría — de llegar a aquel grado de cultura teológica y filosófica que lo habilite para poder digerir esos *platos fuertes* que se le ofrecen hoy.

Cristo mismo se abstenía de decirles a sus apóst-

toles algunas cosas, porque entonces no las podían soportar.

Y San Pablo, como él mismo decía, alimentaba a veces a sus cristianos con leche como a niños, y no con otros manjares más sólidos que no podían digerir.

La Jerarquía sagrada, que tantas veces nos ha exhortado estos últimos años a procurar una presentación de la doctrina de la fe, acomodada a la mentalidad del hombre actual, nos ha exhortado también a evitar en esa presentación todo escándalo perturbador de las conciencias de los sencillos. Muy recientemente los obispos italianos ruegan a los teólogos que se abstengan de divulgar entre el pueblo hipótesis llamativas que sacuden las almas y les dejan una fuente de confusión y de escepticismo, y sólo entre peritos y especialistas expongan los resultados no ciertos todavía de sus investigaciones, para su confrontación en diálogo crítico. El Cardenal Cicognani, en la carta a la semana última de los intelectuales franceses (1968), insiste en la misma exhortación. Y el mismo Papa más de una vez nos ha dado tan precioso consejo. Consejo realmente de Padre y Pastor, que acomoda su trato y su gobierno a la necesidad de sus hijos y a la debilidad de sus ovejas.

Otros, que se sienten sobresalientes en pastoral, no guardan tales miramientos; pero ya se ve con qué fruto de las almas.

Pasa en la fe como en la castidad. Se prescinde de las tradicionales cautelas para prevenir o superar más fácilmente las tentaciones contra la castidad; se consagran como arbitrios eficaces para conseguir la plena madurez y la paz en esta materia, según se dice, libertades que siempre se han considerado incentivos innecesarios de la lujuria, y hasta próxima ocasión de pecado; se erotiza en extremo la vida con espectáculos de pornografía, so pretexto de que *ab-assuetis non fit passio*, y de que, acostumbrándose a recibir impresiones excitantes, se atenúa y aun se extingue la concupiscencia... Pero, en realidad, y reconociendo que hay algo de verdad en el famoso adagio, dentro de ciertos razonables límites, hemos de afirmar que prodigando su uso como se prodiga, sólo se consiguen estos males:

- 1.º — Se pierde el *pudor*, antemuro protector de la castidad.

- 2.º — Se cometen innumerables pecados, los cuales nacen de las ocasiones próximas provocadas sin necesidad.

- 3.º — Las relaciones humanas, aun públicas, de ambos sexos, se hacen groseras, recíprocamente irrespetuosas, y causa de grave tentación, no sólo para los que las mantienen, sino para los que las presencian.

- 4.º — En lugar de lograrse la madurez y la paz, se intensifica la pasión sexual con tan continuo contacto de ambos sexos en escenas amorosas limítrofes de la consumación erótica; y esa pasión, que en actos previos e incompletos ha venido hallando satisfacción, también incompleta muchas veces, es la que exige ya relaciones prematrimoniales sin restricción alguna, y trata de cohonestarlas con razonamientos sofisticos. Como que el matrimonio es un contrato, y hay que conocerse bien para contratarse y comprometerse definitiva y perpetuamente...

Es decir, que procurando alcanzar lo que llaman madurez, sin definir nunca en qué consiste, provocan situaciones y acciones que son ocasiones próximas de pecado contra la castidad, y no sólo suprimen todo pudor, todo sentimiento de atractivo hacia la pureza, sino aun toda estimación de las enseñanzas tradicionales cristianas sobre ella, opuestas, suponen y proclaman ellos, a las del Concilio y a las de la fisiología y de la psicología de estos tiempos.

Pues de modo semejante, para hacer fuerte y hábil la fe de nuestros hermanos en orden a superar toda prueba, se la perturba y se la debilita con razonamientos sofisticos, con actitudes y prácticas de indiferencia, dichas de ecumenismo y de libertad religiosa proclamada por el Concilio, con desvergonzados y calumniosos ataques contra el magisterio y conducta de la Iglesia, única garantía de esa fe.

El resultado de esa pastoral, tan dolorosamente consentida, será la de aquellos pastores de Ezequiel que acaban con el rebaño en lugar de sanarlo, vigorizarlo y apacentarlo con los pastos de la fe de Cristo.

E. GUERRERO, S. I.

# CAPUCHINAS EN MALLORCA

Fundación cuasi catalana

El insigne don José María Quadrado, al ocuparse de la fundación de conventos femeninos en nuestra isla, escribe: "Faltaba la austera reforma Capuchina...; y, vestida de tosco sayal, vino a sembrarla en 1662 la ilustre viuda del denodado Virrey Torres, Clara Ponce de León, no perdonando en seis años a fatigas y traslaciones de un lugar a otro, hasta instalarse en la nobiliaria plazuela a espaldas de San Jaime, convirtiendo la sucesiva morada de Sanmartí y de Torrella en edificante convento, de cuya aseada pobreza es espejo la reducida y blanca iglesia con cascarón en vez de cúpula asentada sobre crucero".

Tan sólo hacía tres años que se habían echado los cimientos del monasterio de Santa Catalina de Sena, fundación de los Despuig, lo cual sirve para demostrar el ambiente que se respiraba entonces en Mallorca (1). "Las costumbres no obstante seguían fieras, y las impresiones religiosas se deslizaban sobre aquellos duros y vengativos caracteres cual blanda lluvia sobre el pederal: para tropezar con bandoleros no era menester alejarse de los muros de la ciudad y meterse en yermos y breñas, pues con armas e instintos de tales se les descubriría en profesiones las más respectables y pacíficas", escribe el mismo historiador (2).

¿Datos biográficos de la fundadora? Nacida en Granada, año 1626, en cuya catedral recibió las aguas bautismales, fue su padre don Jerónimo Gómez de Sanabria, del Real Consejo de Su Majestad al servicio de Felipe III y más tarde al de Felipe IV, en puestos de tanto relieve como la Capitanía General de Asturias. Su progenitora, doña Isabel Ponce de León, era de la Casa Ducal de Arcos. Huérfana de madre a corta edad, perdió a su progenitor a los diez años quedando sola y con cuantiosa fortuna. Como gran parte de sus bienes procedían de la rama materna, pareció conveniente a sus tutores destacar, en la vida de la alta sociedad, esta ascendencia y así se le llamó María Ponce de León y no Gómez de Sanabria (3).

Según costumbre de su época y de su clase, casó, poco menos que de quince años, con don José de Bayetola, Oidor de la Real Sala de Zaragoza, donde pasaron a resi-

dir, y en cuya ciudad falleció su esposo al cabo de pocos meses. Nuevamente propuesta al matrimonio, dio la mano a don José Pérez de Pomar y Torres de Mendoza, quien tomaba posesión del cargo de Virrey de Mallorca el 23 de noviembre de 1644. Regularmente se le llamaba el Virrey Torres. Enérgico y justo, religioso y cumplidor de su deber, ya desde un principio puso su empeño en pacificar los bandos que traían revuelta la ciudad, reprimir la delincuencia y perseguir a los bandoleros que dominaban las montañas y hacían peligrosos los caminos. Mas un día, al regresar a su palacio después de haber cumplido con éxito su cometido, encabritósele su caballo junto a la muralla de levante, y el animoso funcionario fue derribado en el foso, el 29 de julio de 1645, muriendo el día primero de agosto inmediato.

Para la joven viuda señora Ponce de León, aquel triste e inesperado accidente fue el fin de su existencia en el mundo, en donde — como advierte San Juan —, sino prevalece el amor de Dios, todo es ambición de la carne, ambición de los ojos y soberbia de la vida. Se embarca de la Isla para Zaragoza con meditada decisión de encerrarse en un claustro. Allí escoge la Orden de las Carmelitas Descalzas y, según carta suya del 15 de noviembre de 1646, desea tomar el nombre de Sor Teresa María de la Cruz. Pero en los designios del Altísimo estaba que entrara en el convento de Capuchinas de la misma ciudad del Ebro, en cuya clausura, admitida el 24 de enero de 1647, recibía el nombre de Sor Clara María Ponce de León, a los veintiún años de su edad. Integrandola aquella austera comunidad figuraba otra mujer de esclarecida alcurnia, Sor María Dionisia Bernarda Gómez, nacida en Ambel, pequeña villa del Obispado de Teruel.

\* \* \*

El prelado mayoricense don Diego de Escolano en 1660 concibió la idea de tener un plantel de religiosas capuchinas en su diócesis, y para llevarla a la práctica pidió personal al convento de Barcelona fundado, al alborear el siglo XVII, por Sor Serafina, siendo en aquel entonces su abadesa la Madre Clementina Camporrells; ésta que, al año siguiente, sería reemplazada en el cargo por Sor Isabel Jerónima, escribió a la Madre Clara María Ponce de León invitándola a formar entre las fundadoras del nuevo convento mallorquín.

Los primeros pasos fueron duros; los trámites erizáronse de dificultades; hubo dilaciones enojosas; pero el nombre y la alcurnia de Sor Ponce de León contribuyeron no poco a conseguir el intento deseado. Ella y Sor Gómez, dejando los nuevos claustrales de Zaragoza,

(1) Recuérdese nuestro doble artículo *Las hijas de Teresa de Avila y de Catalina de Sena en Mallorca*, en CRISTIANIDAD, n.º 444, febrero, 1968, pp. 36-40.

(2) Cf. *Islas Baleares* (edic. 1949), t. III, p. 151, y t. IV, p. 304.

(3) Para más datos véase *Vida prodigiosa y exemplar de la Ven. Madre Sor María Dionisia Gómez, Confundadora y Abadesa del Observantísimo Real Monasterio de la Purísima Concepción de María Virgen, de Religiosas Capuchinas de la Ciudad de Palma en el Reyno de Mallorca. Va incluso un Resumen de la admirable Vida de la Madre Fundadora la esclarecida Sor Clara María Ponce de León. Escribiolo el R. P. Fr. Pedro Tomás Cifre de la Orden de la Madre de Dios del Carmen en su Convento de Palma del Reyno de Mallorca.* (Imp. de Salvador Savall en Palma de Mallorca: año 1796). Es un libro rarísimo que se guarda como oro en paño en dicho convento.

se unirían con tres del convento barcelonés: la indicada Sor Camporrells con dos hermanas, de sangre Sor Flora y Sor Magdalena Guillern.

A mediados del año 1662 todavía la casa estaba en proyecto. A 6 de junio Su Majestad escribía a nuestro Gobernador haber concedido su beneplácito "para que en esa ciudad se funde un convento de Religiosas Capuchinas, viniendo por abadesa la M. Sor Clemencia Camporrells, religiosa de el de Sancta Margarita la Real, suplicamos a V.S.I. sea servido de darle la licencia que para ello necesita, que lo recibiremos a particular merced...". Por su parte los Jurados a 28 de julio expresan la conveniencia de que se realice, "siendo una de las fundadoras la Ilustrísima Sor Clara María Ponce de León, Virreyna que fue de este Reyno...; la concesión será de gran consuelo para toda esta ciudad (de Mallorca) que lo desea sumamente y está ya mucho tiempo prevenido el hospicio decente para estas personas..." (4).

Llegó la fecha deseada. En su viaje las dos linajudas monjas desde Zaragoza pasaron por Lérida y subieron a Montserrat, recibiendo la comunión en el altar de la Virgen, siendo muy atendidas por la comunidad de benedictinos que les regaló, además, un manto de la Sagrada Imagen. Ya en la Ciudad Condal, las acogió con amor y verdadero entusiasmo el convento de Capuchinas, y al cabo de algún tiempo organizóse su partida por mar hacia la mayor de las Baleares. Mientras se trabajaba para armar un navío que las llevase, se adelantaron los mallorquies y enviaron un bergantín, en el que pasó a Barcelona a recoger a las fundadoras, un anciano dominico fray Bartolomé Cifre, a quien fueron confiadas las cinco madres; de ellas sería Abadesa Sor Clementina Camporrells, y Vicaria Sor Clara María Ponce de León.

La travesía fue larga y peligrosa: larga por las calmas que hacían caer sin fuerza las velas; peligrosa a causa de la persecución de que fue objeto el bergantín por parte de un "navío grande de moros". Por fin, el 22 de octubre las recibió en el puerto de Palma el obispo titular de Oropi don Raimundo Sureda y Santacilia, en nombre del nuevo Prelado diocesano don Pedro Manjarrez de Heredia, que no llegaría, por primera vez, a la diócesis hasta el 14 del mes siguiente.

Establecidas las monjas en casa provisional, con capilla, coro y reserva de la Eucaristía, empezaron su vida de clausura. A los seis días, o sea el 28 del referido octubre, se abrieron sus puertas a la primera postulante mallorquina, que se llamaría Sor Antonia María Juliá, natural de Valldemossa. Todo parecía encauzado por el mejor camino. Sin embargo, no tardaron en presentarse disensiones de carácter comunitario-disciplinar-espiritual entre las monjas catalanas y las aragonesas respecto de las reglas y costumbres que debían seguirse en Mallorca. Básicamente eran las mismas en los conventos de Barcelona y Zaragoza, pero las del segundo presentaba pequeñas variaciones que las hacía más rigurosas.

Sobre el caso escribe un autor: "Las consultas con teólogos y moralistas se sucedieron sin llegar a una solución y, dado el interés de ambas partes por su razón, pensando en el mejor servicio de Dios, se hubo de pedir la decisión al Obispo (Manjarrez). Éste oyó, una por una a todas las monjas y falló el caso en favor de las reglas de Zaragoza. Y, al poco tiempo, autorizaba el regreso de la Abadesa y de Sor Flora a su convento de origen, en la Ciudad Condal, quedando las fundadoras reducidas a tres, la Madre Ponce de León y la Madre Gómez, de Zaragoza, y Sor Magdalena Guillern, barcelonesa, que se sujetó al fallo del prelado" (5).

El 16 de febrero de 1664 el señor Obispo nombraba Abadesa a Sor Clara María Ponce de León, quien con las otras dos (Gómez y Guillern), sufrió mucho de ver mermada la comunidad y de ver partir a la Madre Camporrells que desde el principio tanto había hecho por la Fundación. Sor Dionisia Bernarda asumía el empleo de Maestra de novicias.

Sor Ponce de León y Sor Gómez alternaron en el abaciazgo. La primera murió llena de méritos, el 28 de abril de 1705, a la edad de 79 años, habiendo pasado 43 en el convento. La segunda, dejando gran fama de santidad, falleció el 26 de febrero de 1719, a la edad de 80 años y 62 de Religión (6).

Esperamos ocuparnos otra vez de las Capuchinas de Mallorca por su antigua y acendrada devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

(4) Arch. hist. de Mallorca: *Letras misivas* sin foliar.

(5) Diario "Baleares", 25-V-68.

(6) Cf. la citada *Vida prodigiosa...*, pp. 124 y 434.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

J u l i o

**GENERAL: POR LA SOLUCION APROPIADA DE LOS PROBLEMAS PASTORALES  
RELACIONADOS CON EL TURISMO.**

**MISIONAL: POR LA EFICAZ SOLUCION DE LOS PROBLEMAS QUE AFECTAN  
A LOS PROFUGOS EN ASIA Y AFRICA.**

# MOSSEN RAMON GARRIGA

Será sabrosísima, golosa, relampagueante, de gustos, de mieles, de destellos, la biografía que, de su amigo Ramón Garriga, Presbítero, ermitaño y poeta, anuncia Mossén Camil Geis. Lo he adivinado leyendo el artículo de este último en las páginas de *Tele estel*: algunos rasgos nos definían a un hombre que nos dejó hace unos días, el viernes, 22 de marzo, mediada la Cuaresma, muriendo plácidamente en su retiro de "Can Cuní", en Samalús.

La acaba — y la empieza — a los 90 años, con la simplicidad que todo tiene en su vida. Así, sencillo — como una de esas flores que él gustaba de coger en su mocedad después de las clases del Seminario de Barcelona, entonces en descampado —, vive, reza, hace versos, trabaja y se marcha para siempre de la tierra.

En su capilla, celebra el Sacrificio de la Misa en un rústico altar, con recuerdos, con vida, circula por él sangre de tradición, sangre de familia; porque Mossén Ramón, como cuando creaba una de las exquisitas metáforas de sus versos, había convertido en ara el banco de carpintero con que su padre había subido a tres hijos sacerdotes. Mossén Josep, Mossén Ángel, que alcanzó la dignidad de canónigo de la Catedral de Lérida, y Mossén Ramón, los tres, poetas. Ramón hubiera podido seguir a un hermano Ángel, que quiso llevarse-lo consigo a Lérida, en su carrera sacerdotal. Pero, enamorado de la naturaleza y de la soledad, no la temió, no se acobardó ante los riesgos económicos de su decisión, la tomó, la tuvo, renunció a todo otro proyecto, compró un *mas* medio derruido en Samalús, y ayudaba a los albañiles a repararlo, cantando como un simplecillo.

Los payeses, al verlo así en aquella tarea, le miraban con sorna y sonreían. Más tarde, los mismos que, a los comienzos, no podían comprenderlo, habían de contarse entre sus mejores amigos. ¿Quién no lo era del ermitaño de Samalús? Le visitaban las figuras más prestigiosas de las artes y las letras — Apeles Mestres murió en sus brazos —; le honraban las jerarquías eclesiásticas y el pueblo sencillo de Samalús se había enamorado de su buen anacoreta. Pero, entre tantos amigos, Mossén Ramón, que en el fondo era un místico, tenía uno que no admitía competencias. Era amigo del cielo.

De matí la lluna es pon;  
jo li dic: "Per que te'n vas?"  
I ella plorant, ja em respon:  
"Si ho sabesses, sóc de glaç!  
Caic de son i estic malalta  
d'aquest sol que poc a poc  
amb els seus llavis de foc  
ja m'ha fossa mitja falta (1).

En el poema dedicado a Na Caterina Albert, sueña que el pastor de *Solitud* se le lleva

mundanya amunt, amunt, fins al serrat;  
per fer moxaines a la lluna plena  
quan defalleix de són dalt la carena.

En "L'Abella d'Or", surge una acerada evocación de la puesta de sol:

Tot sol va fent camí... Tomba la tarda  
i ell guaita el sol morent, que en l'esboranc  
d'un núvol fosc, que arriba a fer basarda,  
s'hi acluca com un ull tot xop de sang.

Y en "De cara al cel",

... El sol s'acluca...! El dia mor.  
Tímid s'encén l'estel de l'hora baixa;  
— aquella mística claute d'or  
amb que la nit li tancarà la caixa.

Autor de sonetos depuradísimos, dedica al tema lunar el que comienza: *Sé una bassina, amic, tota argentada*. La noche anterior el poeta había alargado la mano, con codicia. Alguien le reprochó:

Poeta, abaixa el braç  
que no és per tu, la joia que et fascina...  
... aquesta vella i màgica bassina  
és, amic meu, la lluna quan fa el ple.

Desde el mirador del palacio de Poblet, una princesa contempla el disco del sol fundiéndose en el horizonte. Y las estrellas caen como polvillo rutilante que se trueca en ideas creadoras.

Mossén Ramón Garriga triunfó en los Juegos Florales, y fue promovido en Maestro en Gai Saber el año 1926. Pero, por tratarse, como su hermano Ángel, de un poeta crecido al calor de estos certámenes, no hemos de suponerlo validificador fácil, puramente popular, falto de exquisita calidad literaria.

Su obra — estéticamente — es de mucha valía. No conozco las poesías de su hermano Josep; pero he podido comparar las de Ramón con las de Ángel. Recordando el lema goethiano, podríamos definir así la poesía de Ángel: "Poesía y vida", mientras la de Ramón, más cultural, sería "Poesía y arte", o, concretando más, "Poesía y pintura"; porque si el primero, al escribir, evoca retazos de la vida, éste compone cuadros en que se empujan las sombras y los colores.

La descripción de Rupit es índice de las aptitudes plásticas de su pluma de pintor; las casucas, las ventanas con cortinillas, la moza que se asoma, la fuente de la plaza... Pero, como conoce la técnica del aguafuerte, en el momento de máxima insolación, se complace en destacar las sombras que se recortan en el pintoresco poblado. Saboréese la caída en la sima del "Salt de Sallent":

... en tant qu'allà al pregon d'aquell timberi  
entre el rebull ubach de les alzines

(1) Cito de las antologías "De la colla", manteniéndome fiel en todo a su transcripción, aun en el aspecto ortográfico.

que'l xopen de tenebra i de misteri  
 s'afuen c'el amunt les albes fines  
 qu'al tremolor de son fullatge al vent  
 tenen l'encís d'un brollador d'argent:  
 les eures en desmai pels espadats,  
 fetes verdet d'aram, guarden absortes  
 les runes del castell de Subirats  
 i aquella colorayna de les hortes  
 que hi floreixen tot temps al seu albir,  
 com en les teles màgiques d'En Mir.

Mossén Ramón Garriga emplea la paleta de pintor junto al refinamiento estilístico de las más sorprendentes metáforas. Pero de este poeta artífice, pintor, rico en imágenes, se alza súbitamente el ala del misticismo. Su amor a la naturaleza tiene ya el aliento de las puras fragancias espirituales; pero, en algún momento, como al pintarnos la tentación vencida por un novicio

de Poblet, el misticismo se desnuda en la más pura musicalidad del poeta:

amb el blanc caputxò ha ombrat sa cara  
 i, mentre amb la fervor d'un penitent  
 s'inclinava a pleret com una tòria  
 fins a besar la pols del seu redol,  
 prop d'ell, meravellat de la victòria,  
 ha entonat el *Te Deum* un rossinyol,  
 i, a l'encís del seu cant, totes las branques  
 del monacal jardí, fremint d'unció,  
 s'anaven enflorant de roses blanques  
 i el màgic rajolí del brollador  
 fulgia en l'aire, en forma de gaiat,  
 talment com si de dins la seva fossa  
 — per beneí el fraret — ara amb sa crossa  
 surgís de sobte, el Pare Sant Bernat.

FRANCISCO SALVÀ MIQUEL

## IMPORTANCIA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

No vamos a repetir aquí lo que ha sido ya expuesto con tanta claridad; solamente queremos tocar el aspecto de la oración como medio de apostolado. La oración, que pide el establecimiento del Reino de Cristo entre los hombres "Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así como en la tierra como en el cielo", salió de los mismos labios del Divino Maestro, que la enseñó a los apóstoles, cuando le pidieron: "Señor, enséñanos a orar" (Luc., 11, 1).

La iglesia, por la misión divina que ha recibido, la ha transmitido a los fieles y le ha dado un lugar de honor en el acto litúrgico por excelencia: el santo sacrificio de la Misa.

Encierra, como dice Santo Tomás, un significado lleno de amor y deseo en todo buen cristiano, de que todos los hombres, redimidos por Cristo, entren en su Reino: "Venga a nosotros tu Reino". No se dice porque Dios no reine; sino (como S. Agustín dice a Proba) para excitar nuestro deseo de que venga ese reino y reinemos en él" (Il. II, q. 83, a. 9).

### La oración de Cristo

Toda la vida del Señor fue una continua oración: "Vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hebreos 10, 7). Su pasión, el sacrificio de su vida por la redención de la Humanidad, se desarrolló como una liturgia, iniciada con la hermosa oración de la última cena, continuada con la de Getsemani y completada con la súplica del último aliento: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Luc. 23, 46).

### Cristianos, hombres de oración

El verdadero discípulo de Cristo debe ser un hombre de oración. A través de ella se abre el Cielo, estableciendo un diálogo de amor entre Dios y los hombres. ¡Cuánto mejor sería el mundo si todos los hombres supiesen orar bien!

San Juan Crisóstomo, traduciendo los sentimientos de la Iglesia, afirmó: "Nada hay más poderoso que la oración. No hay nada que se le pueda comparar" (Contra Anomeos P. G., 48, col. 766).

Los miembros del Apostolado de la Oración, según se lee en sus estatutos: "Procurarán su salvación propia y también, con la oración y el sacrificio apostólico, trabajarán en la edificación del Cuerpo Místico de Cristo, esto es, en la propagación de su Reino en la tierra" (art. 1).

### Valor apostólico de la oración

La oración por el advenimiento del Reino de Dios, origina, mantiene y hace fructificar el espíritu misionero... Ayuda y fecunda todas las demás obras del apostolado.

Hemos querido subrayar este espíritu misionero en un momento en que la Iglesia tanto lo necesita para la evangelización de los pueblos. Esperamos que el Apostolado de la Oración renueve en todos el entusiasmo de otros tiempos, para conquistar las almas para Cristo.

Hacemos votos para que este Congreso contribuya a la intensificación y expansión de la oración como medio de apostolado y promueva un aumento de vocaciones misioneras, fortificadas en la caridad, por la oración incesante al Señor de la mies (1).

PABLO, PP. VI

(1) Al Congreso del Apostolado de la Oración de Portugal.



## FIN DE LA COMUNIDAD JUDIA EN CHINA

Entre las convulsiones de este siglo, de nuevo una comunidad judía está en trance de desaparecer: la de China.

El corresponsal de *Jewish Chronicle* de Hong-Kong, comunicaba hace algunas semanas esta información más patética que "pintoresca": en el seno de la inmensa China, entre los setecientos millones de Mao Tsé Toung, subsisten, en la hora actual 28 — veintiocho — hijos de Jacob; 28 judíos.

Trece de entre ellos habitan en Changai; seis en Kharbine (hoy Pin-Kiang); cinco en Pekín; otros cuatro residen en un pequeño pueblo de Manchuria, llamado Dairen. La mayor parte de entre ellos — la mayor parte de los veintiocho — están en trance de partir (si pueden hacerlo todavía) En todo el Estado la comunidad judía de China ha dejado prácticamente de existir.

Descendientes de Jacob habían vivido en China desde la época del primer Templo.

Varios siglos antes de la era cristiana, judíos originarios de Persia, comerciantes emprendedores, habían llegado a China y se habían instalado, gozando de una prosperidad que se prolongó durante siglos.

El Profeta Isaias, hace dos mil quinientos años, señalaba la existencia de judíos en el país de los "Sinim", "Bearetz Hasinim".

En el siglo XIII, el primero de los grandes viajeros, Marco Polo, men-

ciona la existencia en China de judíos emprendedores y prósperos, a veces poderosos. Especialmente en Kai-Foung-Fo, en el centro del país, vivía una comunidad judía importante, disponiendo de medios materiales considerables y dirigiendo una vida cultural y espiritual impresionante. Fue construida una sinagoga famosa en la que había inscripciones en hebreo y en chino: en 1183.

Después, debido a diversos acontecimientos, esta sinagoga ha tenido que ser reconstruida diferentes veces.

La primera decadencia de la sociedad judía empieza en el siglo XVI, al mismo tiempo que se abre una era difícil para la mayor parte del continente. Se ha descubierto la vía marítima para ir a China. Los caminos hasta entonces hollados por suntuosas caravanas, son abandonados. Con ellos declinan las comunidades mercantiles judías. Los Hijos de Jacob residentes en China se vieron invadidos por sus correligionarios del Oeste. Al mismo tiempo que su situación económica se minimiza su patrimonio espiritual. Durante tres siglos los judíos constituyeron en la inmensa China, un minúsculo bosque petrificado cuyos débiles troncos se agostaban unos después de otros. A los misioneros católicos que desembarcaban no les costó mucho trabajo ganar algunos de ellos.

Hacia la mitad del siglo XIX empieza para el judaísmo chino una nueva época.

En 1841 Shanghai se convierte en puerto franco de primera importancia.

La familia de Sasson, originaria de Bagdad, se instala y abre oficinas, trae personal perteneciente a su propia familia y muy pronto tiene negocios considerables. Más tarde, Shanghai se convertirá en el centro de la vida judía en China. Incluso un Sasson será presidente del Consejo Municipal de la ciudad.

Al mismo tiempo, judíos originarios de Rusia, llegan a Manchuria, al norte del país. Participan en el esfuerzo de penetración emprendido por el Tzar hacia Oriente a través de Siberia.

La comunidad judía original, durante este tiempo, aunque reducida en número, se rehace.

Sus miembros se asimilan sólo en apariencia. Llevan trenza, son funcionarios, con frecuencia generales o almirantes. Pero no por ello dejan de ser judíos.

Después de la revolución de octubre, millares de judíos rusos llegaron a Manchuria. En total llegaron a unos veinte mil. Kharbine a su vez se convirtió en un centro importante. Pero el peregrinaje de esta asombrosa comunidad no acaba. Con la ocupación de Manchuria por los japoneses, la mayor parte de la comunidad judía de Kharbine, de lengua rusa, baja hasta Shanghai. Esta ciudad pronto llegará a ser una plataforma giratoria para numerosos judíos, por causa de circunstancias dramáticas. Shanghai era uno de los pocos puertos del mundo donde uno podía desembarcar sin pasaporte. Millares de judíos europeos apátridas, o fugitivos del nazismo se esforzaban en llegar allí. En 1939 se presentaron millares de refugiados, y especialmente los últimos, desprovistos de todo, contando sólo con la seguridad de subsistir.

Al terminar la segunda guerra mundial se encontraban en Shanghai dos mil judíos llegados de Polonia y veinte mil llegados de Rusia;

otros veinte mil huidos a tiempo de la Alemania nazi. Habían sobrevivido. Pero al mismo tiempo la guerra civil estallaba en China, y de nuevo China se vació de refugiados judíos. Muchos de ellos se dirigieron a Israel.

Algunos centenares permanecieron en la China comunista. Cierta número de ellos pertenecían a la antigua comunidad. La llegada de los otros era mucho más reciente. En 1958 constituían todavía un total de cuatrocientos de los que doscientos treinta estaban en Kharbine y los otros en Shanghai. Una Junta de judíos en Shanghai ejercía oficialmente la función de organismo

de caridad. Además de asegurar en cierto modo ayuda material a los indigentes, centralizaba sobre todo las tareas administrativas requeridas para cumplir el deseo de emigrar de la mayor parte de los judíos que por una u otra razón habían quedado allí.

El capital de funcionamiento de la asociación estaba asegurado por la Junta Americana del Comité de Distribución.

Hoy día, la liquidación de la comunidad está prácticamente acabada.

El equipo del hospital judío de Shanghai se vendió al Estado en 1958.

Las sinagogas han sido transformadas en edificios públicos.

El último "mynian" se reunió hace cerca de cuatro años.

No hay ni un solo rollo de la Torah en China. El último, de acuerdo con las autoridades, se expidió a Australia en 1965.

Los veintiocho judíos de Shanghai y de Kharbine están hoy día a punto de levantar definitivamente la tienda de Jacob que, durante milenios, permaneció sobre el inmenso continente de los Hijos del Cielo.

BAR-SCHMOUEL

(La Terre Retrouvée, 16 abril 1968)

## LOS TRES PECADORES

Dicen que tres hombres distintos acercaron a un sacerdote. No precisamente en confesión sacramental, sino en simple conversación. Los tres habían cometido un mismo pecado, no importe cual. Basta decir que era una transgresión clara y evidente a la Ley de Dios, una falta contra uno de los números del Decálogo, ley divina y al mismo tiempo ley natural. Oigamos la reacción de cada uno de estos hombres el conversar con aquel sacerdote acerca de su propio pecado.

Al primer hombre le llamaremos Norberto; es uno cualquiera que me ha venido a la memoria: no es el suyo propio. Departía con el sacerdote en un lugar también cualquiera, por puro azar de coincidencia. Habla, pues, Norberto.

"¿Pecado? ante todo habría que ver por qué llama usted a esto pecado. Pecado es para mí una palabra que carece de sentido. Es la violación de un código en que yo no creo, que no sé quién ni con qué autoridad se ha dado. No reconozco ni conozco esa autoridad y no por pura rebeldía sino por sencilla lógica; porque para mí ese Legislador que dictamina sobre lo que es pecado y

lo que no, es una pura entelequia. Lo que para ustedes es pecado, para mí es virtud o por lo menos es un acto indiferente. Tampoco sé qué quieren ustedes decir con la palabra moral. Yo tengo una moral que no es necesariamente la suya. De forma que no puedo aceptar sus reprensiones u observaciones, considerándolas como un simple comentario a mis hechos. Yo puedo comentar los suyos y declararle a usted pecador de todo lo que en usted a mí no me gusta. Rechazo, pues, esas nociones de pecado y pecador, porque sinceramente no creo en ellas."

Gregorio es el nombre que se me ocurre para denominar al segundo de mis personajes. Éste hablaba enteramente otro idioma. Oigámosle.

"¿Pecado? Pues sí, reconozco que lo que hago es un pecado. Hay, debe haber una ley que prohíbe lo malo y que prescribe lo bueno. Y yo creo firmemente que esa ley viene de lo Alto, de muy Alto, porque así debe ser. Esa ley me la inculcaron de niño y luego de mayor la he visto más clara. Pero soy humano y por lo tanto débil. A veces, esa ley es muy difícil para mí. Por eso incurro en el pecado, bien a mi pesar ¿qué

voy a hacer si el camino del mal está con frecuencia repleto de flores y atractivos? Todo tiende a tentarme. Comprendo que hace falta ser santo quizás para resistir la tentación. Y yo no soy santo. Tiene usted razón, padre, toda la razón; pero a veces caigo en el error porque hay algo en mí invencible que me lleva a él. Mi única esperanza es que habrá acaso algún día misericordia para mi debilidad."

El tercer interlocutor se llama algo así como Juan Enrique. Es hombre culto y presume de filósofo y hasta de teólogo. Al habla Juan Enrique.

"Verá usted, padre. Tiene usted razón... y no la tiene. Hubo un tiempo en que ciertas cosas eran pecado y ahora pueden no serlo. El mundo ha cambiado vertiginosamente. Tenemos que revisar todos los conceptos morales antes de que se nos queden desfasados. El Decálogo era bueno, buenísimo... para los tiempos de Moisés y para algunos siglos después. Pero el tiempo no pasa en vano. El hombre ha cambiado de mentalidad y hay que liberarlo de muchos miedos y temores que coartan su libertad. Yo he llegado al

convencimiento de que no podemos regirnos eternamente por la misma moral. Mas aún, que tenemos el deber de elaborar una nueva moral apta para nuestros días. Por eso yo hago tranquilamente lo que usted llama pecar y no me remuerde la conciencia. Creo que cada hombre

en fin de cuentas lleva dentro un reformador. Y yo no soy una excepción a esto."

*Test psicológico.* ¿Quién de los tres, Norberto, Gregorio o Juan Enrique tiene razón? ¿Quién obra honradamente, de acuerdo con lo que sabe? ¿Quién agrega un pecado a

otro o quién borra el suyo? ¿Quién tiene arreglo, quién puede tenerlo algún día y quién posiblemente no lo tendrá jamás?

Ponte, lector, la mano en el corazón, afina tu cerebro y responde.

C. A. CALLEJO

## EL ESTADO, LA MORALIDAD Y LAS PLAYAS

De vez en cuando, nuestras autoridades dictan o recuerdan normas de moralidad pública. Con ellas intentan, sobre todo, defender a los menores de ese impudor desbordado que corre por calles, plazas y salones de espectáculos.

Hace algún tiempo, la Dirección general de seguridad prohibió a los adolescentes la asistencia a ciertos bailes y recintos de fiestas. Era su deber. Por la promiscuidad indiscriminada, por las atracciones que allí se exhiben, por las bebidas alcohólicas peligrosas, en ellos, la moralidad juvenil. "A la sombra de las chicas en flor, son muchos los cazadores que encuentran fortuna para sus fechorías" dijo con cierto, e inspiración humana y cristiana, el subdirector de seguridad, don Enrique Jiménez Asenjo.

Orden tan laudable se quedó a medio camino, para algunos: hubieran deseado más. Otros, en cambio, torcieron el gesto, la censuraron, y aun la reprobaron. Nos extrañó leer algo de esta crítica negativa en una revista que se precia de católica, por su contenido y por su dirección. Hablaba contra la política de los rombos, y la pedagogía geométrica de la moralidad...: procedimiento inadaptado e ineficaz, porque lo primero es educar la libertad, y con actos positivos más bien que prohibitivos...

A nuestro juicio, esas autoridades merecen una franca aprobación y un sincero aplauso de toda la sociedad española y cristiana. ¡Educar

la libertad! ¿Quién lo duda? Pero no es nada fácil; no están todos preparados ni adaptados para eso. La educación, cualquiera que sea, corresponde primero a la familia. Cuando ésta ejerce adecuadamente su oficio, sobran intervenciones y prohibiciones del poder público. Si cada uno de los padres y madres españoles se preocupara de cerrar, a sus hijos, la puerta de los salones donde pelagra el pudor, entonces las autoridades nada tendrían que prever ahí. Pero de eso, muchas familias prescindir; y obligan al Estado a intervenir, en virtud de sus facultades y deberes subsidiarios. Y no precisamente para defender la moralidad individual, que esa tampoco incumbe a la función pública, sino la moralidad comunitaria, colectiva y social, parte del bien común, como patrimonio de todos los ciudadanos; y atribución, por tanto, del Estado.

### Una madre en la playa

Al acercarse el verano, nuestras autoridades civiles renuevan ciertas normas, dictadas tiempo atrás, sobre todo para playas y piscinas. Con fronteras más o menos amplias, esas disposiciones existen también en otros países y ambientes que parecen refractarios a ellas. Precisamente el respeto a la libertad y al derecho de los ciudadanos imponen, a los poderes públicos, su intervención.

Breves temporadas estivales pasé, años ha, en países anglosajones. A pesar de aquel exhibicionismo,

repugnante a veces, y de aquella tendencia inhibitoria de las autoridades, pude percibir las limitaciones con que éstas refrenaban algunas libertades individuales, en favor del derecho y del pudor ajeno. En playas y riberas de los ríos, había parajes acotados y separados para hombres, para mujeres y para unas y otros, indistintamente: cada uno en su sitio o a su hora. En la piscina de los vapores de la "Royal Mail Line", carteles, fijos allí, distribuían en tres partes las horas del baño, reglamentadas y distintas para los diferentes sexos y para grupos mixtos. Todos respetaban esas disposiciones.

A nuestras playas acuden muchas madres con sus hijos pequeños, o crecidos ya. No se les puede privar del juego en la arena, delicioso y divertido entretenimiento infantil. Aquéllas, sin embargo, se sienten intranquilas, por los espectáculos con que ven allí amenazada la inocencia de los niños.

En nuestras playas de principios de siglo, recordarán los viejos, la separación era estricta: cada sexo disfrutaba tranquilamente su sitio, reservado y defendido, no sólo por los agentes de orden público, sino por el pudor de aquellos grupos sociales. Si hoy parece inasequible ese nivel moral, ya perdido ¿por qué no intentámos, en las playas de España, esa separación de horas y sitios de baño, establecida y respetada por países protestantes?

V. FELIU, S. I.

# CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS ALEMANES

(Continuación)

Una corriente teológica actual muy influyente atribuye a la moderna visión del cosmos la importancia de un criterio. La visión bíblica del mundo, de acuerdo con los conocimientos adquiridos en el campo de la ciencia natural moderna, ha perecido irremediablemente, y las afirmaciones de la Biblia, que son concebidas en el marco de esa visión cósmica, no quedan del todo ilesas. No hay duda alguna de que la visión del mundo, a la que aluden los textos bíblicos, está superada. Sin embargo, el verdadero y propio problema consiste en saber si la presentación del cosmos, propia de las ciencias naturales, además de tener una función ilustrativa, pertenece también al contenido del texto bíblico. Después del episodio de Galileo el problema parece ya resuelto; se está de acuerdo en creer que la revelación como historia de salvación es intrínsecamente independiente de la concepción que ofrecen del cosmos poco a poco las ciencias naturales.

## Exegesis desmitificadora

Aunque, según ciertas afirmaciones, se podría pensar que lo que esa corriente teológica concibe como visión del mundo no es propiamente una visión física del mundo, sino una concepción filosófica. Para ella sirve de criterio la visión de un mundo basado exclusivamente en causas naturales y colocado en un universo no susceptible de influjo exterior, la visión de un mundo inmanente, en el cual no puede suceder nada preternatural o sobrenatural, en el cual, para ser consecuentes, Dios no tiene ni puesto ni forma de actuar. En virtud de esta concepción filosófica del mundo, afirmada absolutamente, todas las afirmaciones bíblicas que atribuyan los acontecimientos a influjos sobrenaturales o a la directa intervención divina, son descartadas, por contrarias a la "mentalidad científica", con el veredicto de "concepciones míticas". En el fondo se revaloriza aquí una concepción filosófica de la realidad, propia del siglo XIX, según la cual el cosmos — incluido el hombre — constituye una especie de mundo de causalidades encerrado en sí mismo, provisto de leyes absolutas propias y de energías propias.

Planteada esta concepción filosófica del mundo como fundamento de la comprensión del texto bíblico, corresponde a la exégesis la tarea, no del todo felizmente expresada, de una interpretación "desmitificadora". De esta suerte sucede que "el Dios de Abraham, Isaac y Jacob", el Dios de la historia, no sólo es un Dios esclavo de los filósofos, sino que desaparece a la postre del horizonte visual; se desprecia "al Dios vivo de la Biblia"; con esto se pone también en duda que el hombre pueda llegar a estar en relación personal con el Dios de la revelación. De una forma tan autónoma se encuentran solamente hombre y hombre; las relaciones más elevadas son enton-

ces con el prójimo y la medida para hacerse, en el caso de que sea posible, una idea de Dios, reside en la relación con la humanidad: Dios está presente solamente en el ejercicio de esta hermandad.

El proceso de desmitización, llevado a sus últimas consecuencias, termina claramente por privar a la fe cristiana del dogma central de la encarnación. El significado de ésta — verdadero Dios y verdadero hombre —, como también el fin de la encarnación: la redención del hombre, son anulados cuando se aplica el mencionado principio fundamental de la teología desmitizadora, que excluye el influjo de un Dios personal; el "Logos que se hizo carne" (Juan, 1, 14), "la Imagen del Dios Invisible" (Col., 1, 15), son transformados en un hombre que es sólo un modelo de moralidad o en el prototipo de un nuevo autoconocimiento.

¿Qué significado puede tener la Sagrada Escritura si no presenta ya el mensaje del Dios misericordioso y de su obra de salvación mediante su Hijo hecho Hombre? La revelación, se dice, no contiene de hecho ninguna de estas doctrinas "mitológicas" de salvación; no quiere más que ayudar al hombre a encontrar su "realidad específica", conducirlo a descubrirse a sí mismo. Los textos correspondientes de la revelación deben ser contemplados mediante una interpretación existencial. Con ello el sistema de la filosofía existencialista moderna es asumido como principio hermenéutico fundamental para la interpretación de la Sagrada Escritura. De aquí resulta que en la revelación el hombre no se encuentra ya ante Dios, sino ante sí mismo. El hombre sólo tiene que ver consigo mismo, en un mundo que no ofrece ninguna referencia directa con Dios.

## Deformaciones de una exegesis desmitificadora

Se demuestra que una interpretación existencialista y desmitizadora destruya la figura histórica de Cristo y de los acontecimientos de salvación realizados por la historia, por ejemplo, en la explicación que se da al mensaje de la resurrección. La afirmación bíblica: "Cristo ha resucitado", se dice, representa el resultado, nacido de la piadosa reflexión de la comunidad primitiva, de una tentativa de explicación referente a un acontecimiento pascual, históricamente no mejor confirmado, y expresa la convicción de que la relación de Cristo con la cruz no ha terminado, sino que continúa. Esta experiencia, bastante abstracta, se habría entendido primeramente como un encargo misionero confiado a los Apóstoles, luego también como una "visión" del Resucitado, y al final se habría concretizado en la fórmula "Cristo ha resucitado". De ser así el anuncio pascual representaría simplemente la tentativa de manifestación de una experiencia interna, de aquí se deduciría que la interpretación

original de la comunidad primitiva estaría falta de valor absoluto; la experiencia de fe, según la cual el hecho real de Cristo continúa, se presta también a otra interpretación — a ésta, por ejemplo: la fe y el amor de Cristo tienen un significado permanente —. Sin embargo, esta exposición está en contradicción con el más antiguo testimonio que nos proporciona el Nuevo Testamento sobre la resurrección de Cristo (I Cor., 15). Cristo, muerto en la cruz y luego sepultado, fue resucitado por Dios y luego se apareció a los testigos, para ser “príncipe y primogénito” (Col., 1, 18) de cuantos han de alcanzar también la resurrección corporal. La resurrección de Cristo fue situada desde el comienzo en esta perspectiva teológico-salvífica, escatológica: el Crucificado con su resurrección y glorificación se convierte en guía de salvación. La confesión de la resurrección de Cristo, como acontecimiento real, pertenece necesariamente a la fe cristiana: no puede ser entendida como fruto de una interpretación condicionada por el tiempo — y susceptible de otras formulaciones — de una experiencia anterior de la historia, del mundo y del hombre.

El ejemplo arriba expuesto es sintomático de las deformaciones propias de una interpretación que hoy, sobre la base del sistema de la desmitización y con el espíritu exclusiva y parcialmente existencialista, se operan en el campo de la exégesis bíblica. Con este tipo de interpretación desaparece lo que era su objeto; la cosa a interpretar es sustituida por un pensamiento, una simple idea que hace del todo superflua la cosa misma. Pero cuando el objeto es entendido como complejo de interpretaciones, la interpretación se convierte en fin en sí misma y se volatiliza. En el puesto de la cosa se pone una explicación que justamente puede sustituirse en cada tiempo con nuevas tentativas de interpretación.

La interpretación subjetiva que esta corriente teológica pone en el lugar de las realidades de fe reveladas por Dios, no es otra, en el fondo, que una nueva forma de gnosís. Una discutible credulidad en la ciencia y principios del pensamiento existencialista moderno crean una fascinación ideológica cargada de consecuencias, una preocupante falta de objetividad; ciegan necesariamente el acceso a la realidad de la encarnación que en el mundo de nuestras experiencias naturales no tienen ninguna analogía y no puede reducirse ni explicarse por medio del conocimiento del mundo o de nosotros mismos. A esta tentativa, no enteramente nueva en la historia del cristianismo; a este riesgo de salir del camino con motivo de una interpretación presuntuosa elaborada por el entendimiento por la imposibilidad de poder conocer perfectamente los misterios de la fe, la predicación cristiana ha opuesto, con toda humildad, desde el comienzo, el realismo de la Encarnación de Dios y el hecho histórico de nuestra redención por medio de la muerte y resurrección del Hijo eterno de Dios.

## Eucaristía

Particular importancia para la fe y para la vida de la Iglesia, como para todos sus miembros, tiene la Eucaristía. Ella es el vértice del culto divino de la Iglesia y de la economía sacramental. La Eucaristía no ha perdido importancia en el magisterio eclesiástico de estos últimos tiempos, ¡muy al contrario! La Constitución Conciliar “De Sacra Liturgia” coloca luminosamente el culto divino, los sacramentos en general y la Eucaristía en particular dentro del gran cuadro de la salvación obrada por Dios en Cristo (cfr. números 2, 41, 47). La encíclica “Mysterium Fidei”, de 3 de septiembre de 1965, se ocupa de la doctrina católica acerca de la Eucaristía y corrige algunas interpretaciones inexactas. La última Instrucción sobre la Liturgia, “De Cultu Mysterii eucharistici”, de 25 de mayo de 1967, que pretende comentar y ordenar concretamente la piedad eucarística, dice: “La catequesis sobre el misterio eucarístico debe tender a inculcar en los fieles que la celebración de la Eucaristía es verdaderamente el centro de toda la vida cristiana, tanto para la Iglesia universal cuanto para las comunidades locales de la misma Iglesia. En efecto, todos los demás sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y las obras de apostolado, están estrechamente unidos a la sagrada Eucaristía y a ellas son ordenados. Así, en la santísima Eucaristía se encierra todo el bien espiritual de la Iglesia, hasta el mismo Cristo, nuestra pascua y pan vivo que, mediante su carne vivificada por el Espíritu Santo y vivificante, da vida a los hombres, los cuales son invitados de tal modo e inducidos a ofrecer juntamente con Él, a sí mismos, el propio trabajo y todas las cosas creadas” (número 6). No cabe duda que la Eucaristía hoy, como en el pasado, ocupa en la vida de la Iglesia y de los fieles un puesto central; las últimas declaraciones del magisterio eclesiástico han subrayado, más aún, la importancia de este sacramento.

Por tanto, debe ser considerado uno de los deberes más relevantes, más bellos de la teología y de toda predicación, el de hacer conocer el sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo y su importancia para la vida cristiana, y de esta forma poder acercar más a los fieles a este sacramento. Y de aquí que ella sea el encuentro sacramental más íntimo entre Dios y el hombre, que se actúe el misterio pascual de la muerte y resurrección del misterio de Cristo, que viene significado, que esté presente y que encuentre su cumplimiento el misterio de la Iglesia y el culto divino, de los sacramentos, del cristiano. La profundización y fortalecimiento de la piedad eucarística ha sido un voto esencial del Concilio; de ella deben brotar el incremento de la fe y de la fidelidad a Cristo, en el que confía sumamente el Concilio para la vigorización de la Iglesia y de su misión.

(Continuará)